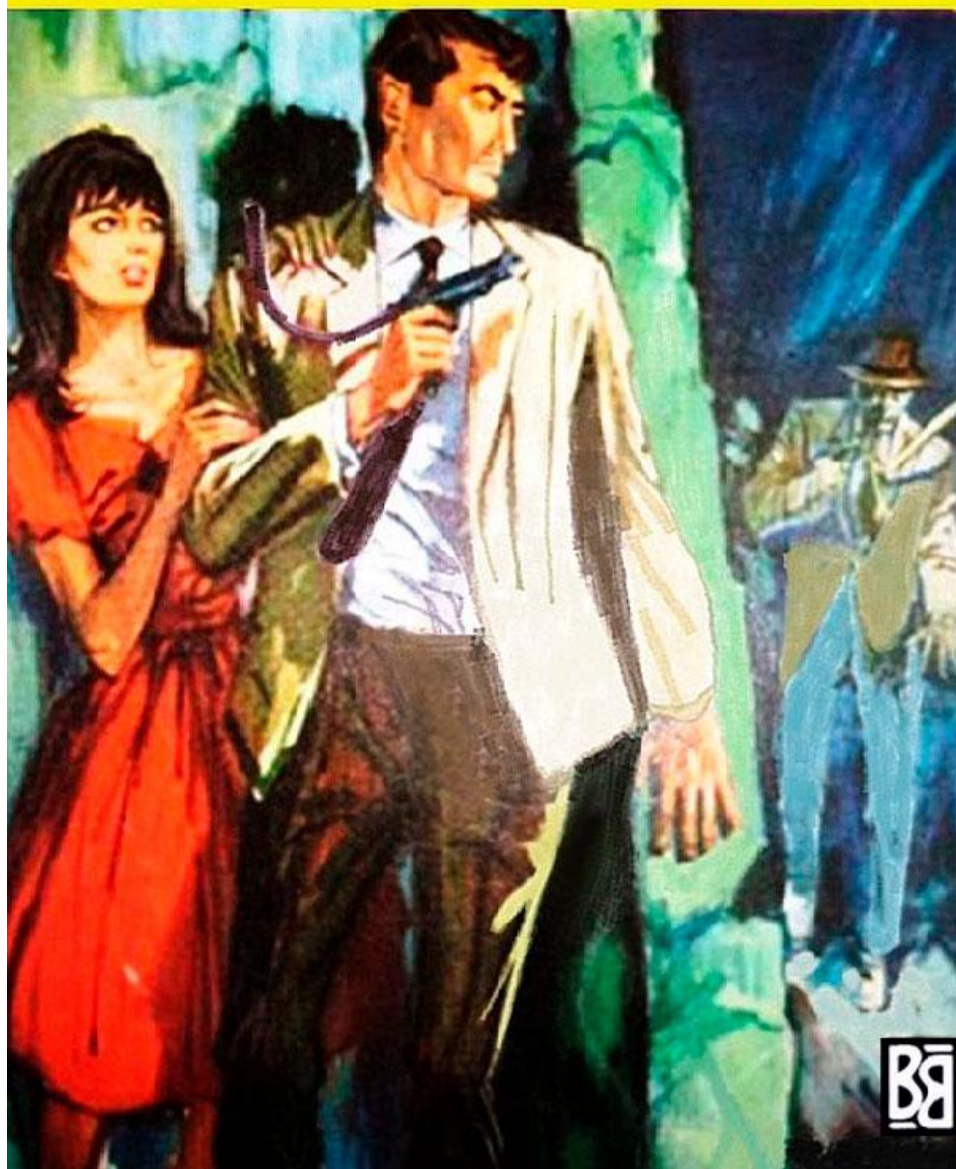


PUNTO

ROJO

¿maffia o cosa nostra?

frank caudett



B&B

COLECCION

PUNTO ROJO



DINAH
ROBERTS

ROCK
GODARD



FRANK CAUDETT

MAFIA O COSA NOSTRA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 264
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 9.583 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: mayo 1967

© FRANK CAUDETT - 1967
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA - 1967
sobre la cubierta

© PEÑA - 1967
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

258 — Sonata maquiavélica.

En Colección SERVICIO SECRETO:

854 — Operación Kasbah.

En Colección CALIFORNIA:

550 — Mercado.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

161 — «Mistress Death».

En Colección KANSAS:

452 — Alias «Confederado».

En Colección SALVAJE TEXAS:

563 — Kichi-manitu... whisky... sangre.

En Colección BÚFALO:

699 — Cuando muere el sol.

En Colección ALTO SECRETO:

8 — Los intocables fueron del FBI.

En Colección COLORADO:

499 — «Profesional» Joe.

«Descubrimos y comprobamos debidamente que los gangsters de hoy en día trabajan de forma altamente organizada, y son más poderosos que nunca. Controlan las figuras políticas y amenazan a todas las comunidades. Han extendido sus tentáculos de corrupción tanto en las industrias grandes como pequeñas. Cada día se vuelven más fuertes».

Robert F. Kennedy, Fiscal General de los EE. UU.

«Nueva York: Alarmante pujanza de la “Cosa Nostra”. Los grandes jefes del hampa norteamericana se comportaron con una arrogancia pareja a los mejores tiempos del gangsterismo».

Ángel Zúñiga, Cronista.

«Está claro que, a menos que se adopte alguna medida drástica, todo negocio legítimo no tardará en pagar su tributo, de una forma u otra, al mundo del hampa».

Saturday Evening Post

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Con quién estás, Bill?

Bill Gaynor retrocedió un par de pasos.

—Con... con Thomas Luchese. Siempre he estado con él desde que murió Anastasia.

—¿De veras? —preguntó con ironía Giuseppe Martino.

Un tipo vestido de negro con sombrero de igual color, calado materialmente hasta las cejas. La aguda mirada de sus ojos castaños estaba fija en el llamado Bill Gaynor.

—Sí... sí —tartajeó el hombrecillo—. Siempre le he comprado a Luchese.

Martino jugueteó con el pavoroso «45» que empuñaba.

—Thomas está muy enfermo, ¿lo sabías, Bill?

Gaynor era hombre de poca estatura, delgado, de ojos huidizos y expresión temerosa.

—Sí... eso he oído.

—¡No me digas! ¿Y has oído hablar de ocho comensales que fueron detenidos al salir de un restaurante del Queens?

Bill palideció.

—¡Yo no fui! ¡Te lo juro, Giuseppe!

Martino frunció las cejas.

—Eran ocho miembros de la «Cosa Nostra», Bill. Y tú ladraste por ahí que se iban a reunir en tu cochino restaurante para decidir quién debía sustituir a Luchese. ¿No es así?

—¡No!

—¿Quién... entonces?

—Hay un traidor en vuestra organización. Giuseppe.

El del traje negro sonrió fríamente.

—¡No me digas! ¿Y quién es él?

Gaynor tragó saliva.

—Jim Maine.

Las facciones de Martino se contrajeron. Con la izquierda soltó un revés contra el rostro de Bill Gaynor.

El hombrecillo trastabilló y, tras dar dos vueltas sobre sí mismo, rodó en tierra.

—¡Te juro que es verdad! —gimió.

Un tipo de ojos porcinos que empuñaba una «Thompson» detuvo a Martino cuando se disponía a pisotear a Gaynor.

—¿No crees que debemos escucharle?

Martino soltó un escupitajo a los pies del otro.

—Maine no puede ser el traidor que estamos buscando.

—¡Lo es! —gritó Bill desde el suelo.

Martino le miró aviesamente.

—Explícate, cerdo asqueroso.

—Está reuniendo pruebas contra la «Cosa Nostra» —dijo de un tirón Gaynor—. Desde hace un año no ha trabajado en otra cosa. Un importante miembro del Senado encargó el asunto a Maine a cambio de setecientos cincuenta mil dólares.

Giuseppe Martino soltó un prolongado silbido. Y Tonino «Pluma», su compañero de la «Thompson», una obscenidad tamaña.

—¡Vaya, vaya, setecientos cincuenta «grandes»! ¿Cómo sabes todo eso, Bill?

Era Tonino quien había efectuado la pregunta.

—Maine me pidió que colaborara con él... porque sabía que las reuniones secretas se celebraban en mi restaurante. El dio el «soplo» la otra noche para demostrarle al hombre importante por cuya cuenta trabaja que la información que está recopilando valdrá con creces los setecientos cincuenta mil.

—Y tú... —Martino arrastró las palabras con peligrosa lentitud—, ¿lo sabías?

—¡No! ¡Yo ignoraba que iba a «chivarse»!

—¿Quién le dijo que los jefes iban a reunirse aquí la otra noche? —interrogó Tonino—. ¿Cómo sabía Maine el día y la hora?

Bill Gaynor, sudoroso y jadeante, hizo un esfuerzo para tragar la saliva.

—No... no lo sé.

Martino soltó una carcajada seca.

—¿Lo ves, Tonino? Bill no sabe nada.

—¿Qué piensa hacer Jim Maine cuando cobre los setecientos cincuenta mil? —indagó de nuevo Tonino «Pluma», mirando al que seguía en el suelo con brillo ominoso en los ojos—. ¿Cuáles son sus propósitos?

—No... no me ha dicho nada.

Martino rió otra vez.

—¿Lo ves, Tonino? Bill no sabe nada.

Dicho esto le lanzó una patada en mitad de la boca, Gaynor escupió un chorro de sangre.

—¡Suelta la lengua de una vez, hijo de perra!

Bill se retorció por el suelo al recibir la segunda patada en la boca del estómago.

—¡Mañana cerrará su trato! —gritó—. ¡No me pegues más!

Tonino bajó el cañón de la metralleta.

—Veo que empiezas a saber cosas, Bill —dijo con sadismo—. Eso quiere decir que tú has colaborado con Maine, ¿verdad?

—¡No!

Martino le propinó un alud de bestiales patadas hasta hacerle chorrear sangre por nariz, boca y oídos.

Hasta dejarlo convertido en un despojo sanguino lento.

—Has colaborado con Maine, ¿verdad, Bill?

Apenas un ronco estertor brotó de sus labios heridos.

—Sí...

—¿Qué piensa hacer Jim cuando tenga la «pasta»?

—Largarse... creo que... que a Sudamérica. Con la chica...

Brillaron los crueles ojos de Martino.

—¿Con qué chica?

—Connie...

—Es suficiente, Bill. Ya no hables más, ya descansa... ¡descansa de una vez por todas! Las últimas palabras de Giuseppe Martino fueron ahogadas por el canto agorero de la metralleta de su compañero Tonino.

Bill Gaynor, convertido en una criba, en un surtidor de sangre, se convulsionó varias veces hasta quedar definitivamente inmóvil.

—Ya oíste, Giuseppe —habló Tonino con matiz siniestro—. Tu amigo Maine es el hombre que tanto tiempo llevamos buscando.

—Sí... Gusenberg no se pondrá muy contento cuando lo sepa.

—Y menos el jefe supremo. ¿Vamos a por Maine?

Martino negó con la cabeza.

—Primero hay que ver a Gusenberg.

«Pluma» se encogió de hombros.

—Como quieras. Pero sería preferible dejar este asunto zanjado de una definitiva vez.

—Que lo diga Gusenberg.

Tonino «Pluma» guardó la metralleta en un artístico estuche de violín.

—¿Nos vamos? —inquirió.

—Sí. Todavía queda mucho por hacer.

Jim Maine se reconocía a sí mismo dos cualidades importantes con que embelesar a las componentes del sexo contrario.

Una: saber pronunciar palabras cálidas, susurrantes y agradables, a oídos de las hermosas.

Otra: la perfección de sus facciones, el impecable estuche físico que nada tenía que envidiar al de los más logrados galanes de Hollywood, su *sex-appeal*.

Era exigente consigo mismo a la hora de vestir. El acicalamiento personal era algo a lo que dedicaba tiempo ilimitado. Como si en el mundo no existiera nada más importante.

Luego, por razones de su profesión y por el hecho de codearse con los magnates del hampa, era petulante y vanidoso. Gustaba de jactarse ante las «damas» de lo mucho que podía significar una orden suya.

Una palabra.

Un artículo en el *Evening Post*.

Gozaba con las expresiones admiradas de quienes lo escuchaban.

Pero Jim Maine, no queriendo ser excepción, y al igual que todos los hombres que se preciaban de «castigadores», de sometedores de la femenina voluntad, tenía su debilidad por las faldas y un par de hermosas piernas.

Su talón de Aquiles.

En forma de cuerpo escultural, de mujer sin demasiados escrúpulos, y ostentando por nombre Connie Novello.

—Pronto dejaremos esto, Connie —le dijo Jim, retorciéndose las manos nerviosamente—. Tendremos setecientos cincuenta mil dólares, ¿oyes? ¡Tres cuartos de millón! Una fortuna con la que

empezar una nueva —vida muy lejos de aquí. Brasil, por ejemplo, ¿te agrada la idea de ir allá?

—¿Cómo vas a conseguir ese dinero tan de repente?

—Es un asunto del que nunca te he hablado. Algo secreto... que pronto va a dejar de serlo.

Sonrió ella. Insinuante y burlona. La sonrisa propia de una mujer experimentada.

—Creí que no tenías secretos para mí, amor. Háblame de eso.

Jim Maine escapó a la penetrante mirada de los brillantes ojos azules.

—Si no hablé antes... fue por no poner tu vida en peligro, Connie.

La mujer, con pasos lánguidos y estudiado contoneo de sus fascinantes caderas, se acercó a él.

Se dejó besar.

Con el fuego y la pasión que Jim Maine ponía en sus labios cuando besaba los de ella.

—Háblame de eso —insistió Connie, escapando con hábil sutileza a la caricia que él trataba de prolongar.

Jim prendió un cigarrillo luego de que Connie hubo hecho lo propio. Dio unos cortos y nerviosos paseos por delante del sofá que la mujer ocupaba con ensayada dejadez.

—Hay un hombre que ocupa una posición social y política relevante que abrió hace dos años un comité secreto cuya finalidad era la de reunir pruebas para terminar con el imperio del «gangsterismo». Destruir a los capitostes y al ignorado jefe supremo de la «Cosa Nostra», al que sustituyó a Albert Anastasia después de que éste fuera asesinado en 1957 y cuya identidad no se ha conseguido todavía establecer.

—¿Tú conoces la identidad de ese jefe supremo?

—No he conseguido llegar tan arriba. Pero con el material que yo he reunido, los que tengan un mayor poder de infiltración en esferas de más altura no tardarán en conseguirlo.

Connie expulsó unas columnitas de humo por la nariz.

—Sigue... amor —susurró cálidamente—. Me apasiona esta faceta que desconocía en ti.

—Bien —murmuró Jim, pisoteando el cigarrillo apenas consumido—. Ese hombre, juzgando que las tres cuartas partes de la

población delincuente de nuestra nación están afincadas entre Nueva York y Chicago, recabó la colaboración de dos individuos que tuvieran fácil acceso a los distintos mundos de la sociedad. Dos periodistas. Jim Maine de Nueva York, del *Evening Post*. David Bryan de Chicago, del *Chicago Sun*. Nuestra misión consistía en recopilar toda clase de datos que pudieran contribuir a la total aniquilación de los grandes y pequeños del nuevo Sindicato. Por mi parte, he conseguido componer un auténtico «diccionario enciclopédico» del mundo del delito. Fechas, lugares, nombres, contactos, maneras de operar. El precio que he fijado a la entrega de mi «obra» son setecientos cincuenta grandes.

Jim Maine estudió el hermoso rostro de la mujer en busca de una expresión que no encontró.

—Y ese hombre importante... ¿ha aceptado tu precio?

Maine sonrió jactancioso.

—Le parece «tirado». Y más se lo parecerá cuando lea lo que hay escrito.

—Cuando hayas vendido esos informes tu pellejo no valdrá ni medio centavo —dijo ella sin emoción alguna—. ¿Lo has pensado, Jim? Poco me importa a mí, desde luego. Más, si me largo contigo, cuando se acaben los setecientos cincuenta, ¿qué? ¿Para quién recopilarás informes... si vives?

Connie abandonó el sofá, dio dos pasos y acabó reclinándose contra la jamba de la puerta de su dormitorio.

Con la cabeza ligeramente ladeada y los brazos cruzados bajo el turgente busto.

Con abandono. Con hastío.

—Pero... si es un capital, Connie. ¡Lo suficiente para vivir una vida entera sin estrecheces!

—Yo, amor, necesito mucho más.

Jim Maine empezó a pasear por la estancia con evidente inquietud.

—Existen muchas formas de conseguir dinero. Grandes cantidades con poco esfuerzo.

—Eres como un muñeco, Jim —dijo ella con cálido matiz—. Muy hermoso pero de escasa utilidad. ¿Todo eso sabes ofrecerme? Una existencia cuyo atractivo principal es el de huir. ¡Huir, huir, huir! Porque tú sabes que en ningún lugar del mundo estarás

seguro... ¡porque tú sabes muy bien que los de la «Cosa Nostra» no perdonan!

—¡Cállate... cállate, Connie! Lo he hecho todo por ti y ahora...

—¿Por mí? —se burló la mujer—. He ambicionado siempre una vida de lujos y riquezas, he soñado con despreciar el dinero, con encender mis cigarrillos con billetes muy grandes por el hecho de tenerlos a millones. ¿Y pretendes que huya contigo por setecientos cincuenta mil? ¡Ah! ¿Y sabes si los cobrarás?

—¡He tomado mis precauciones!

Sonrió Connie despectiva.

—¿De veras?

—Sí. En caso de que yo muera antes de entregar los informes una carta llegará a un detective privado que se llama Rock Godard.

—Y una vez muerto tú, ¿qué me importa a mí Rock Godard?

Jim Maine forzó una de sus grandilocuentes sonrisas.

—Veo que me subestimas. Tengo un duplicado de todos esos informes depositado en lista de correos a nombre de Rock Godard. Además, una cuartilla con instrucciones para ese detective le dirá a quién debe entregarlos, lo que debe cobrar por su trabajo y la persona que debe recibir el resto de los setecientos cincuenta mil. Tú, Connie, tú recibirás ese dinero si yo soy asesinado.

La mujer jugueteó diabólicamente con el salto de cama.

—Me enterneces, amor —musitó burlona—. Pero te has equivocado conmigo. El hecho de que me desgañite cada noche en el «Saint Germain» ante un auditorio de borrachos te ha inducido a pensar que soy una mujer asequible, fácil, ¿no es así?

—¡Cállate, Connie! Yo te quiero... estoy loco por ti.

Maine hundió las manos en los bolsillos de su chaqueta con rabia y despecho.

Se fue acercando a la mujer.

Connie descruzó los brazos. Con la agilidad de una pantera. Flotando la áurea cabellera sobre los hombros.

La mirada se tomó dura. Maligna. Clavados los ojos en la mimética figura del periodista.

Con odio.

—¡No sueñes volver a ponerme las manos encima! —exclamó con voz ronca.

—¿Qué te ocurre, hermosa? —preguntó él, adoptando ahora el

aire característico de los «expertos»—. Has dicho siempre que con dinero me querías más, que serías mía... ¿no es así? Pues voy a tener dinero y tú vas a ser mía; de lo contrario...

Dio un nuevo paso.

El definitivo. El que lo separaba de Connie.

—Ha dicho que no le pongas las manos encima —habló lentamente una voz a su espalda.

Maine se revolvió como una fiera acorralada.

En un segundo compuso la escena. En menos, supo que la muerte empezaba a tenderle sus descarnados brazos.

La puerta estaba abierta. En el umbral, el «boss»: Ralph Gusenberg, alias «Diamante». El jefe del nuevo Sindicato en Nueva York.

A su lado, el rostro sádico de Giuseppe Martino. Su expresión de homicida nato. Un brillo criminal animando sus pupilas.

Detrás de ambos, Tonino «Pluma» y su inseparable «Thompson». Luciendo aquella sonrisa tan elocuente.

—¡Traidora! —Escupió Maine al rostro de Connie.

Ralph Gusenberg «Diamante» quiso sonreír. Pero en sus labios sólo nació una mueca torcida.

Más contundente y amenazadora que mil sentencias.

Dijo:

—¿No te da gusto vemos, Jim?

—¿Qué pretendes, Gusenberg? —preguntó a su vez el periodista engullendo saliva.

Se encogió de hombros cansinamente.

—Nada, muchacho. Aquí, los «chicos» —señaló con el pulgar a Martino y «Pluma»—, se han empeñado en que te buscara. Dicen que eres un traidor... ¡Yo no podía creerlo! Pero veo que tienen mucha razón. ¿Por qué no me cuentas todos esos maravillosos propósitos que tienen su base en los setecientos cincuenta mil cochinos dólares que vas a recibir... a cambio de tu puerca traición?

Maine apretó los labios.

Un chispazo de ira brotó en el fondo de los negros ojos del «boss».

—Tú y Gaynor cobrabais del Sindicato por no hacer nada —dijo Gusenberg con fría entonación—. Se os pagaba bien, demasiado bien. No podíamos esperar traición de vosotros —movió la cabeza

tristemente—. Ya sabes, Jim, «Maffia» y «Cosa Nostra» se rigen por los mismos principios... ¿Has oído hablar de «La Omerta»?

—*Silencio hasta más allá de la muerte*— tradujo.

Giuseppe Martino, clavando toda la crueldad de sus ojos en la figura del periodista.

El aire jactancioso que de continuo animaba las facciones de Jim Maine se había trocado en expresión de manifiesto terror.

Connie, displicente, jugueteando con su transparente «salto» y mirando a Martino más que insinuante, murmuró:

—Amor, si le das tú el *coup de grace*, procura no mancharme el suelo de sangre. ¿Lo harás, mi vida?

Maine, víctima del pánico, de los celos, y sobre todo de su propia cobardía, miró a Ralph Gusenberg entonando una muda súplica.

—Estás muy tierno, mi querido Jim —habló sin entonación el «boss»—. Así que vas a cobrar setecientos cincuenta mil, ¿no?

Por unos instantes, Maine dio la sensación de haber encontrado la forma de zafarse de su lúgubre suerte.

Pudo ser una argucia. Pero habló así:

—De acuerdo, voy a cobrar ese dinero por traicionaros. Pero todavía no he entregado esos informes. ¡Puedo alterarlos! Tergiversar todas las explicaciones... escribir lo que vosotros queráis. Si el comité secreto se guía por unos informes falsos fracasará definitivamente y ya nadie se verá con fuerzas para emprender otra batalla contra la «Cosa Nostra». Puedo haceros un favor y ganar unos cuantos billetes al mismo tiempo.

Ralph Gusenberg se volvió hacia sus hombres.

—¿Os dais cuenta? —inquirió con sarcasmo—. Maine es un chico inteligente... ¿Quién ha dicho lo contrario?

Connie, que se había apartado de la posible trayectoria de las balas, inquirió con cruel expresión:

—¿Por qué no lo «liquidáis» de una vez?

—Eres muy impulsiva, pequeña —desgranó Gusenberg—. Tiene derecho a defenderse, ¿no te parece?

Y dirigiéndose a Maine, agregó:

—Todos esos razonamientos me parecen muy bien, Jim. Pero ¿olvidas que la traición es un delito que se paga muy caro en nuestro mundo?

Estaba convertido en un montón de temblorosos huesos.

—Ralph... una oportunidad —balbució—. ¡Te juro que jamás volveré...!

—Es inútil —le atajó «Diamante»—. Eres presa fácil para el primero que te eche camada con faldas. ¡«Enfríalo» ya, Martino!

Hasta los más cobardes se resisten a morir. Y Jim Maine tampoco fue excepción en eso.

Aún no había pronunciado Gusenberg las últimas palabras cuando el periodista ya estaba actuando.

Su diestra voló hacia la funda sobaquera en un intento desesperado de alojar el plomo de su «38» en el abdomen de los pistoleros.

Martino era un profesional del crimen.

Llevaba su pistola en el bolsillo. Y en el cerebro una predisposición especial para ejecutar sentencias sin preocuparse del porqué.

Sólo matar le importaba.

Su acción fue muchísimo más rápida que la del periodista. Introdujo la mano disparando dos veces a través de la tela.

Maine creyó que le habían propinado dos puñetazos en el pecho. La mano que elevara hacia la axila detuvo el movimiento, apretándose instintivamente contra los dos orificios que escupían sangre a la altura del corazón.

Con ese postrer aliento que nos impulsa a aferrar la existencia, por difícil que ésta sea, Jim trató de restañar la sangre que ya fluía a borbotones.

Las piernas flácidas, los sentidos turbios...

El plomo cumplía su trágica misión.

Jim Maine ya no volvería a gozar de sus placeres favoritos, tampoco a recopilar los movimientos del mundo del hampa.

Eso lo pensó un segundo antes de caer al suelo. Instantes antes de abandonarse en brazos de la muerte.

Connie Novello caminó hasta el ensangrentado cadáver. Clavó en él, con desprecio, la aguda puntera de su zapato.

—¿Y ahora qué? —Se revolvió como una tigresa—. ¿Qué hago con «esto»?

Se acercó el jefe a la mujer, apartándola de un manotazo.

—Esto cae dentro del distrito de Seimund, no hay peligro alguno

—dijo autoritario—. Pero tenemos que componer la escena.

Ralph Gusenberg, «Diamante», era un tipo listo. Por eso había escalado un puesto de importancia en la organización criminal más perfecta y moderna de América.

Del mundo sin duda.

—¡Tú! —le gritó a Connie—. ¡Rásgate ese «celofán» que llevas puesto!

La mujer, sin preocuparse de la presencia de ellos, obedeció, miró provocativa al jefe y preguntó:

—¿Está bien así?

—Superior —musitó Tonino «Pluma».

La mirada de Gusenberg lo dejó helado.

—Voy a situarme en el punto exacto desde donde has disparado —explicó «Diamante» a Martino—. Con cuidado, Giuseppe, con mucho cuidado, saca la pistola de Maine... —Viendo que el otro se disponía a hacerlo gritó—: ¡Con los guantes, imbécil!

Martino obedeció sumisamente.

—Tienes una puntería excelente, ¿verdad, Giuseppe? —El jefe hizo una pausa sobradamente elocuente—. Pues... dispara una sola vez. UNA. Y procura que la bala me roce los cabellos. ¿Entendido?

Apuntó con pulso firme, apretando el gatillo seguidamente.

—¡Perfecto! —Le aplaudió Gusenberg—. Ahora dame tu revólver, métele el suyo a Maine en la mano derecha —observó cómo el italiano cumplía sus órdenes—. Eso es... listo. ¡Lárgate ya!

Martino, inquirió:

—¿Matamos al detective luego?

Gusenberg cerró sus sádicos ojos.

—Preguntas de más, estúpido. Claro que hay que liquidarlo. ¡Y a la chica también! ¡Largo de aquí los dos!

Giuseppe y «Pluma» no se hicieron repetir la orden.

—Tú, hermosura. —Ralph se dirigía a Connie—. Acércate. Sin hacerme escenas, que no tengo tiempo para mirarte. Además, bueno es que sepas que estoy asqueado... —no contempló la intención ofensiva de la frase. Contempló cómo ella destrozaba aún más el nylon. Le ordenó—: ¡Acércate de una vez!

Y cuando se situó frente a él, le estampó el revés de la derecha sobre el rostro con toda la fuerza de que era capaz.

Connie acusó el violento castigo dando dos vueltas sobre sí

misma para terminar estrellándose contra una silla.

—Así está mejor —rió Gusenberg—. Y apréndete bien la fábula. Maine trataba de molestarte. Entonces he aparecido yo ordenándole que te dejara tranquila. Se ha revuelto «petardo» en ristre largándome un disparo. Mi respuesta ha sido más certera. ¿Está claro?

Asintió con la cabeza mientras se acariciaba el maltratado rostro.

—Repítelo pues.

Lo hizo. Punto por punto.

Gusenberg, complacido, se dejó caer indolentemente en una butaca. La que estaba junto al teléfono.

Hizo una llamada al Departamento de Homicidios.

Colgó el auricular, diciendo:

—Esperemos a nuestro buen amigo Albert Seimund. Se pondrá muy contento al verte... tan recatada.

Connie se volvió de espaldas.

—¡Cerdo!

CAPÍTULO II

La mujer miró con ojos temerosos a ambos lados de la calle.

Cuando estuvo segura de que nadie la había seguido se coló velozmente por el oscuro portalón.

Ayudándose con una pequeña lámpara de bolsillo caminó hasta la escalera, ascendiendo por los desgastados peldaños.

Al llegar a las inmediaciones del segundo rellano, asaltada por un brusco presentimiento, apagó la luz repentinamente.

Suspiró hondo percibiendo los acelerados latidos de su corazón mientras se preguntaba si los nervios la estaban traicionando.

¿De veras había oído un siseo?

Auscultó con avidez el silencio tratando de obtener una respuesta a sus temores.

Nada. Ni el más leve ruido.

Oprimió de nuevo el encendido de la linterna caminando por el pasillo casi de puntillas. Cuatro puertas a cada lado.

En la tercera de la izquierda un carcomido letrero apenas si anunciaba con mediana claridad el nombre del propietario.

Podía leerse con dificultad:

INVESTIGACIONES PRIVADAS. ROCK GODARD

El hombre que ella buscaba.

Golpeó tímidamente con los nudillos la hoja de madera y se dispuso a esperar con paciencia.

Transcurrieron los minutos. Largos minutos que la soledad, las tinieblas y el espeso silencio, parecían convertir en horas.

Decidió repetir la llamada con mayor energía.

Y tuvo que hacerlo con violencia por tercera vez, antes no oyó descorrer el cerrojo, abrirse la puerta y asomar el rostro somnoliento de un hombre joven que traía revueltos sobre la frente unos rizos de brillante pelo negro.

—¿Es usted Rock Godard?

El tipo tenía las pestañas pegadas e hizo un enorme esfuerzo por recorrer con ellas la órbita de los ojos a la inversa.

—Sí... sí —musitó con esa peculiar ronquera que se tiene al abandonar las sábanas—. ¿Y tú? ¡Por Dios, morena! ¿Sabes qué hora es?

La muchacha metió un sobre en las manos del detective.

—Es para usted —dijo nerviosamente.

Y antes de que Rock Godard pudiera pronunciar unas cuantas incoherencias más, se esfumó en la oscuridad del pasillo.

El hombre palpó mecánicamente lo que le habían metido entre los dedos.

—¡Eh, morena! ¿Dónde...?

Al fin consiguió abrir los ojos.

—¡Maldita sea mi estampa! —exclamó desabrido—. En toda mi cochina existencia es la primera vez que una mujer llama a mi puerta a las des de la madrugada... ¿Dónde demonios se ha metido?

Se encogió de hombros con absurda expresión y cerró la puerta.

—¿Qué rábanos será esto? —se preguntó, rascándose la cabeza furiosamente—. ¡Y quién fue el imbécil que me dijo que el azufre eliminaba la caspa!

Siguió rascándose hasta llegar a su dormitorio.

Dejó el misterioso sobre en la mesita de noche encaminándose al lavabo mientras trataba de explicarse el porqué de aquella confusa llamada.

—¡Bah, mujeres...!

Metió la cabeza debajo del grifo aguantando el chorro de agua fría durante, varios minutos.

Regresó frotándose con una agujereada toalla.

—¿Dónde la he puesto... dónde la he metido... dónde está mi botella de *whisky*?

Estaba debajo del colchón.

Cuando hubo echado un trago más que regular, se frotó los labios con el revés de la zurda mientras atrapaba el sobre con la

diestra.

Lo rasgó. Una cuartilla mecanografiada apareció ante sus ojos. Leyó, con repentino interés:

«Amigo Rock:

»Cuando recibas estas letras sólo podrás hacer por mí un pequeño favor. Ese que nunca te he pedido a cambio del que yo te hice en Corea. No, tú no podrás salvarme la vida porque, sin duda, ya estaré muerto.

»Lo que debes hacer, Rock, es sencillo. Retirar un abultado sobre que a tu nombre he depositado en Lista de Correos. Luego, deberás entregarlo a míster Montgomery Slade, 1345 de Lincoln Avenue, Washington D. C.

»A cambio del mencionado sobre, míster Slade te entregará setecientos cincuenta mil dólares, de los cuales, cien mil son para ti. El resto lo harás llegar a una muchacha llamada Connie Novello que vive en Nueva York, 619 de la 66 Th Street, Bronx.

»Un ruego, amigo Rock: No te metas en averiguaciones. Correrías la misma suerte que yo.

»Por si necesitas de ella, la muchacha que te ha traído este sobre se llama Dinah Roberts y trabaja en un club nocturno de la 52 Oeste llamado SHOW MARA.

»Jamás te he molestado. Rock; nunca te recordé que me debías la vida... Ahora, te lo recuerdo. Para que cumplas lo que te pido, ya no en justa reciprocidad, sino como última voluntad de quien ha abandonado este mundo.

»Jim Maine».

Rock Godard se frotó las sienes.

¿Estaba soñando? ¿Vivía despierto una pesadilla?

¡Jim Maine! Ambos habían sido corresponsales de guerra cuando

él trabajaba en el *Herald Tribune*.

Cierto que nunca más había vuelto a saber de Jim desde que abandonara las lides periodísticas al obtener su licencia de investigador privado.

Muerto, ¿por qué? ¿En qué clase de negocios debería andar metido? Absurdo. Un sobre en Lista de Correos.

¡Y tenía que llevarlo a Washington nada menos!

¿Con qué dinero iba a pagar el pasaje?

Rock se formuló esta última pregunta porque, sin dudarle, estaba dispuesto a seguir las postreras instrucciones del hombre a quien debía seguir vivo.

«No te metas en averiguaciones».

Se metió entre pecho y espalda otra buena ración de *whisky*, mientras trataba de hallar un resquicio de lógica en aquel embrollo.

Absurdo, sí, absurdo.

Había oído decir que la vida daba extraños giros en torno a una persona cambiando, en un segundo, el curso de su exigencia. ¿Era cierto eso?

¡Riiiiiiiiing! ¡Riiiiiiiiing!

—¡Vaya, lo que faltaba! —comentó por lo bajo al tiempo que estiraba la mano para alcanzar el auricular. Preguntando—: ¿Quién habla?

Al otro extremo del hilo se hizo un silencio. Por fin, una voz de impersonal matiz, dijo:

—Un amigo, Godard. Tan amigo de usted como usted lo era de Jim Maine, ¿comprende?

Rock soltó un respingo.

—Siga —musitó.

—Supongo que habrá recibido una carta con instrucciones, ¿verdad, Godard?

—Supone usted mucho, amigo. ¿Quién va a enviarme una carta con instrucciones?

Una risita paralizó la sangre de Rock en las venas.

—Jim Maine. Pero yo también tengo instrucciones que darle, pesquisa.

—¡Déselas al diablo!

—Un momento, amigo. No se impaciente. Va a hablarle una conocida suya.

El detective tuvo un presagio agorero. Que se confirmó al escuchar la voz femenina, alterada, impregnada de pánico, que gritaba:

—¡Rock! ¡Mi vida! ¿Eres tú?

Godard creyó que su cerebro iba a estallar.

—Sí, Olivia. ¿Qué ocurre? ¿Dónde estás?

—¡Rock! —La respiración alterada y el continuo jadeo llegaban a su oído con toda nitidez—. ¡Haz lo que te digan! ¡Por Dios! Si te niegas... ¡me matarán! ¡Rock! ¡Mi amor! ¡No permitas que me...!

Le habían arrebatado el auricular.

—¿Ha oído, pesquisa?

Rock Godard notaba que un nudo espeso le oprimía la garganta.

—Sí, he oído. ¿Quién es usted? ¿Qué pretende hacer con la muchacha?

—Nada... si usted colabora. Y procure prestar atención porque no pienso repetirle las instrucciones. ¡Ah! Y procure cumplirlas al pie de la letra si desea ver con vida a su chica. ¿Me escucha?

—Le escucho.

—Mañana por la mañana, a primera hora, retire de Lista de Correos el sobre que se menciona en la carta de Jim Maine. Luego, diríjase al muelle 42 del East River. Si desemboca en él por la parte inferior del Manhattan Bridge se encontrará frente a un embarcadero particular. Está anclado en él un yate denominado «Pearl». Suba a bordo, lo estarán esperando. Una última advertencia, Godard: Recorra el trayecto a pie escogiendo el camino más corto entre la central de Correos y el East River; no se le ocurra en ningún momento meterse en un bar o establecimiento parecido... ¡Y muchísimo menos averiguar el contenido de ese sobre! ¿Lo entiende bien?

—Correctísimo —musitó sin ánimo de chanza—. ¿Y la muchacha?

—Si usted cumple nada le sucederá a ella.

Un sonoro «clic» le anunció que la comunicación había sido cortada. Depositó el auricular lentamente.

Fruncido el ceño y hosca la expresión.

Sí, en un segundo. Alterado el curso de su vida monótona, plácida, triste, lo que se quiera, pero poco complicada.

Rock encendió un cigarrillo.

Le alcanzó la madrugada con el cabello revuelto, los ojos enrojecidos, el cenicero repleto de colillas y el corazón brincando impotente dentro del pecho.

Llegó a la conclusión de que no existía más alternativa que obedecer. La vida de una persona inocente estaba en peligro. Podía sacrificar la suya por complacer la última voluntad del hombre a quien tanto debía, pero no la de Olivia. Sí, obedecer.

Rock Godard se detuvo a pocos pasos de la pasarela del «Pearl». Un yate azul y blanco de espléndida factura que se mecía altivamente sobre las sucias aguas del East.

Con el voluminoso sobre bajo el brazo reanudó su camino hasta encontrarse a bordo.

Le salió al encuentro un tipo de rostro cetrino, que lucía una escandalosa camisa a rayas rojas y blancas, mostrando ostentosamente el enorme pistolón que colgaba bajo su sobaco.

—¿Qué tal, pesquisa?

Rock le miró con desprecio de abajo arriba.

—Bastante peor que tú, cerdo —replicó el detective.

El fulano hizo ademán de golpearle.

—¡Quieto, imbécil!

La voz venía de la pasarela. Rock giró, la cabeza y vio a los dos tipos que ascendían hacia el yate.

Sin duda, como ya suponía, los que le habían estado siguiendo desde que saliera de Correos.

Uno de los dos vestía de negro. El otro, sostenía con la izquierda el estuche de un violín.

Rock no hubo de esforzarse demasiado para saber la clase de Stradivarius que usaba aquel elemento.

—Me ha insultado, Giuseppe —dijo el de la camisa chillona al del terno negro.

—¿De veras? —se mofó Giuseppe Martino—. Con lo elegante que estás, ¿eh, «Pluma»?

El del violín cabeceó afirmativo.

Giuseppe se encaró con Godard que, con el sobre bajo el brazo, contemplaba la escena en silencio.

—No debes ser insolente con Johnny, detective —le dijo—. Es un chico que enseguida se pone nervioso ¿sabes?

—¡Y tiro del gatillo por menos de un penique! —agregó el

llamado Johnny con bravuconería.

—No sigas, que tiemblo —burlóse Godard.

Johnny «camisa chillona» se lanzó sobre el detective y éste, con rapidísimos reflejos, alzó la rodilla izquierda alcanzando con precisión el bajo vientre del fulano.

Johnny se retorció sobre la cubierta soltando obscenas maldiciones.

—No he venido hasta aquí para servirles de diversión —dijo el detective con entereza—. Traigo el sobre y quiero a la chica.

—Sígueme —ordenó Martino.

Y los tres, Godard entre Giuseppe y Tonino, se alejaron hacia la popa sin conceder importancia al gimiente Johnny.

Por una escalerilla descendieron a la cubierta baja. Giuseppe caminó paralelo al mamparo estanco de estribor hasta detenerse frente a la puerta de un camarote. Golpeó con los nudillos y respondió una voz:

—¡Adentro!

Martino abrió y se hizo a un lado para que Rock Godard penetrara en primer lugar.

Lujo y ostentación. Todo muy propio de un magnate del hampa.

Pero allí había dos mujeres. Una, maniatada, expresó con los ojos la enorme ilusión que la invadía ante la presencia del detective. Otra, de curvas contundentes y pose provocativa, apuntaba a la primera con una pavonada automática.

—¿Dónde está el jefe? —inquirió Martino a la rubia.

Torció ella la cabeza agitando sus dorados cabellos.

—Ha ido con Seimund a firmar su declaración por lo de ayer.

Godard sonrió escéptico.

—A justificar legalmente el asesinato de Jim Maine, ¿digo bien?

Giuseppe, Tonino y la rubia, clavaron sus ojos en la figura del detective.

—Hablas demasiado, pesquisa —dijo ominoso Giuseppe Martino. Olivia hacía desesperados esfuerzos por librarse de la mordaza.

—¿Quieren desatarla? —inquirió Godard, sin hacer intento de entregar el sobre.

Tonino «Pluma» se situó a su espalda.

—No seas impaciente, muchacho.

—¡Desátala, Connie! —ordenó Martino a la procaz rubia. Un chispazo de luz brilló en el cerebro de Rock Godard al oír pronunciar aquel nombre.

¡Connie Novello!

La rubia dejó su pistola sobre una de las butacas dispuesta a cumplir la orden de Martino.

Entonces Godard, con centelleantes movimientos, asestó un violento codazo en la boca del estómago de Tonino. Al mismo tiempo saltó hacia el otro extremo del camarote, sacando su revólver de la funda axilar.

En cuestión de segundos y sin perder la causa y origen de aquella situación confusa: El sobre.

—¡Se mueve uno, el más valiente, y me lo «cargo»! —amenazó, abanicándoles con el cañón de su arma.

—Estás cometiendo un error, pesquiza. Todo iba a ser limpio y tú lo has ensuciado. —Prueba a pestañear, cerdo, y verás cómo te ensucio la camisa de sangre. ¡Tú, muñeca, desátala como te han dicho! Y procura no invertir más tiempo del necesario.

Connie desató a la muchacha con rapidez.

—¡Olivia! —exclamó Rock, previniendo la explosión efusiva de ella—. No te muevas de donde estás. Luego, muy despacio, pasa por detrás de mí y coge esa pistola que hay en la butaca.

La muchacha así lo hizo.

—Ustedes —dijo Godard a Giuseppe y Tonino—, muévanse con lentitud hacia el fondo del camarote. Ahora, manos a la nuca y de espaldas.

Connie se unió a ellos por la muda indicación que Rock le hizo con el cañón de su revólver.

—Sal tú primero, Olivia —dijo el detective en voz baja, levantándola al dirigirse a sus prisioneros para advertir—: Si alguno tiene las suficientes narices para asomarlas fuera del camarote antes de cinco minutos... ¡que lo haga!

Salió rápidamente tras la asustada Olivia.

—¡Vamos, muchacha! ¡Por aquella escalera!

Alguien acababa de asomar por el extremo opuesto del encerado pasillo.

Olivia quiso gritar al percatarse del rifle que empuñaba aquel fulano.

Sonó un disparo al tiempo que Godard, intuyendo el peligro, dejaba de vigilar la puerta del camarote.

—¡Aaaah!

La muchacha se derrumbó al pie de la escalerilla.

Rock vaciló unos instantes. Por el rabillo del ojo captó la presencia del tipo que alzaba el rifle.

Se lanzó al suelo oprimiendo el gatillo.

Lo vio trastabillar, soltar el arma y desplomarse en medio del pasillo.

Rock, con el corazón oprimido, habíase arrodillado junto al cuerpo de Olivia.

¡Muerta!

—¡Que no escapen! —oyó gritar, reconociendo en aquélla la voz de Martino.

Rock Godard, durante fracciones de segundo, cuando su vida pendía de un débil hilo, sostuvo una lucha tenaz dentro de su pecho.

Pero a Olivia, permaneciendo junto a su cadáver y dejándose matar allí con ella, no le devolvería la vida.

Besó fugazmente aquel rostro de porcelana y se lanzó por la escalerilla arriba cuando ya Martino corría hacia él.

Los disparos rebotaron lúgubrementemente contra los peldaños metálicos muy cerca de los pies de Rock. Asomó a la cubierta.

En mitad de ella «camisa chillona» empuñaba decidido una mortífera «Thompson». A su lado, un canijo con sonrisa de hiena, mostraba su escopeta recortada.

—¡Quieto! —gritó Johnny.

Godard se tiró al suelo disparando contra el que lo conminaba a detenerse.

Johnny le envió un rafagazo.

Giuseppe y Tonino asomaron por la escotilla enarbolando su «artillería».

—¡Tira a matar, imbécil! —gritó Martino a Johnny.

Pero «camisa chillona» ya no tiraría a matar nunca más porque dos balazos le habían atravesado el pecho.

«Canijo» hizo tronar su recortada. Godard cambió de posición protegiéndose de la mortal andanada tras un pequeño bote.

Tonino «Pluma», mientras los demás acosaban al detective con

plomo, rodeó la cubierta por babor con la intención de sorprender a Godard por la espalda.

Casi lo consiguió.

Pero Rock revolvió en el preciso instante que Tonino saltaba sobre él.

Le asestó un puñetazo en mitad del plexo solar, «Pluma» rebotó en la barandilla y se vino de nuevo adelante.

Rock hubo de incorporarse para escapar al patadón que el otro le dirigía y al mismo tiempo hizo un rapidísimo escorzo para hurtar su cuerpo a la andanada de plomo con que Giuseppe Martino saludaba su aparición.

La segunda patada alcanzó a Godard en el vientre. Rodó por la cubierta perdiendo el sobre que tan tenazmente había conservado hasta aquel instante.

—¡Te voy a destrozar...! —jadeó Tonino.

Pero no completó la frase porque Godard, recuperándose antes de lo normal, le arreó una dosis de su propia medicina.

«Pluma» encajó la patada en el bajo vientre dando tumbos y volteretas y situándose, en una de ellas, entre Martina y Godard en el momento que aquél se disponía a disparar sobre la descubierta silueta del detective.

Tonino alzó los brazos con desesperación al tiempo que daba un brinco a la izquierda por efecto de los balazos que se estaban alojando en su cuerpo.

—¡Imbécil! —barbotó Giuseppe Martino al darse cuenta de que acababa de matar a su compañero.

Godard no esperó más. Aprovechando los segundos de indecisión de sus enemigos dio un salto en el aire, trazó con el cuerpo una perfecta parábola y fue a hundirse en el agua.

—¡Disparad! ¡Disparad! —voceaba Martino, predicando con el ejemplo.

—Aquí está el sobre —dijo el de la escopeta recortada.

—Menos mal —suspiró Giuseppe dejando de disparar—. Si después de la gente que ha muerto por él no lo recuperamos... el «boss» nos liquida a todos.

—¿Y el detective? —inquirió «canijo».

—Descuida que iremos por él. Momentáneamente se ha escapado, pero su pelleja no vale ya medio penique.

—¡Gusenbergr está subiendo a bordo! —le advirtió uno de los pistoleros a Martino.

—Voy para allá —cabeceó Giuseppe enfundando su arma.

Entretanto, cuestión de media milla sobre la proa del yate, un hombre asomaba la cabeza, agitándola, por encima de las mugrientas aguas del East River.

Un hombre llamado Rock Godard que nadaba despaciosamente hacia la hilera de tinglados junto a los que se respiraba una febril actividad de carga y descarga.

Dos estibadores, al verle acercarse, se afanaron en prestarle ayuda hasta subirlo al muelle.

—¿Qué le ha ocurrido, amigo? —preguntó uno de ellos.

Rock Godard respiró profundamente.

—Nada... nada —musitó—. Estaba paseando por los «docks» y me he caído al agua.

Un mareo seguramente.

—¿Quiere que lo acompañemos a una farmacia? —se interesó el otro.

—No, no será necesario. Gracias por su ayuda. Y se alejó tambaleante.

Jim Maine estaba muerto.

Y su carta póstuma, su mensaje postrero, había sido la causa de que una mujer inocente, ajena a los turbios manejos de un mundo que desconocía, perdiera la vida.

Olivia Duncan.

Rock Godard había prometido que cuidaría de ella, incluso que algún día llegarían a casarse.

Olivia lo deseaba... Él, puede que no la hubiese querido nunca. Pero la apreciaba con el cariño sincero que se le tiene a una hermana. Y sentía la responsabilidad de velar por ella. Por una mujer indefensa y sola para quien él lo era todo en el mundo.

Una carta a las dos de la madrugada. Un absurdo que había dictado una cruel sentencia de muerte.

Rock Godard descargó un violento puñetazo sobre la vieja mesa de su oficina.

—¡No descansaré... no descansaré hasta que paguen por todo eso! —exclamó con los ojos inyectados en sangre. Y cubiertos de lágrimas.

Alcanzó furiosamente el auricular.

—¡Operadora... deme larga distancia! Sí... Washington.

Pocos minutos después Rock Godard tenía al otro extremo del hilo la voz desconocida de un hombre llamado Montgomery Slade.

La conversación entre ambos no fue larga.

Pero, media hora después de que Godard colgara el teléfono, llamaron a la puerta de su oficina.

Era el botones de la TWA que le tendía un sobre, diciendo:

—Su reserva para el vuelo 0617, señor Godard. Hora de salida, 17,13. Buen viaje.

—Gracias, muchacho.

No, Rock Godard no pudo ni darle propina.

CAPÍTULO III

—Me llamo Otis Beradino y soy el secretario particular de míster Montgomery Slade. No tardará en recibirle, señor Godard.

Era un hombre de elevada estatura, rostro severo, aire circunspecto, ojos grises de mirada penetrante, inquisitiva y afable a la misma vez. Vestía con exquisita corrección y sus ademanes eran elegantes pero no estudiados.

Salió de la estancia dejando en ella al detective.

Rock Godard consiguió zafarse unos segundos de sus hondas preocupaciones para contemplar cuanto tenía a su alrededor.

Era un despacho biblioteca de inmensas proporciones amueblado regiamente por un experto en el arte de la decoración.

Todo aquello formaba parte de un mundo ignorado, desconocido, en el que Rock Godard comprendía no encajaban las personas de su clase.

De su ralea.

Porque el traje azul oscuro que se había puesto, el más nuevo y menos raído, contaba cerca de diez años de existencia.

Y traía los bolsillos vacíos.

Un solo libro, de los cientos que se alineaban en la costosa biblioteca de caoba con molduras e incrustaciones, valía más que él.

La escribanía de piel repujada y oro que lucía brillantemente sobre la pulida y enorme mesa de despacho equivalía en guarismos a una cifra que él. Rock Godard, investigador privado sin dientes, no ganaría en toda su vida.

Las butacas, los cuadros de firmas más que cotizar das... ¡Qué pequeño se veía!

Jim Maine nunca se había visto tan pequeño. Su empeño continuo en la lucha por el dinero le había hecho sentirse superior a

los de su misma condición.

Pero estaba muerto. Como Olivia Duncan.

Sin darse cuenta, Rock se fue hundiendo otra vez en aquel caos de confusión que se creara en su cerebro desde la intempestiva hora en que una mujer había llamado a la puerta para entregarle el póstumo mensaje de Jim Maine.

Quizá un minuto, quizá cinco, Montgomery Slade permaneció en la puerta de su despacho estudiando al hombre que se hallaba sentado en una de las butacas con la cabeza inclinada hacia delante y los hombros hundidos.

Calculó su edad en unos treinta y dos años.

El negro y rebelde cabello que se retorció sobre la frente hablaba de un carácter indómito, rebelde. Y de dureza, las mandíbulas ligeramente pronunciadas y encajadas con fuerza.

El resto de las facciones eran correctas y casi simpáticas si bien, en aquel instante, la expresión era hosca, desabrida.

Muy alto, rozando los siete pies de estatura, y un tanto delgado con relación a esa medida.

Finalmente, Montgomery Slade decidió delatar su presencia haciendo crujir la suela de sus zapatos sobre el encerado *parquet*.

Godard torció la cabeza al tiempo que se ponía en pie.

—¿Míster Slade? —inquirió con voz ronca.

El aludido, hombre de mediana estatura, anchos hombros, facciones agradables y expresión animosa, sonrió afirmativamente.

—Yo soy, amigo Godard. ¿Ha tenido buen viaje?

—Demasiadas preguntas sin respuesta hierven en mi cabeza para permitirme el lujo de saborear un viaje. ¿Puedo sentarme?

—Está en su casa, Godard.

El detective se dejó ir sobre la butaca mientras Slade pasaba al otro lado de la imponente mesa.

Oprimió un timbre.

Casi al instante se abrió la puerta del despacho, apareciendo de nuevo Otis Beradino.

El secretario, sin aguardar indicación alguna, tomó asiento en una pequeña mesa anexa a la de su jefe.

—¿Quiere tomar algo, Godard? —preguntó Slade.

—Nada. Gracias.

Se hizo un corto silencio que la voz de Montgomery Slade se

encargó de truncar.

—He leído en los periódicos la muerte de Jim Maine —anunció—. Siempre temí que corriera esa suerte.

—Lo cual significa —se disparó Godard con vehemencia— que usted no da crédito a la versión oficial de los hechos.

—En absoluto —repuso Slade lentamente—. Jim Maine ha sido asesinado por miembros de la «Cosa Nostra».

—¿«Maffia»?

Slade sonrió tristemente.

—Es lo mismo, Godard. La «Cosa Nostra» es nuestra «Maffia» nacional. Un antiguo organismo criminal que alcanzó su cénit en la década del 30. Sus jerarcas, miembros influyentes que hasta en la política de nuestro país han intervenido con sus nefastos manejos, no acabaron, como se creyó, con la desaparición de Al Capone, Masseria, Colosimo, Nitti, Torrio, etc. A la muerte de éstos surgieron hombres que ya habían regido con anterioridad el Gran Sindicato. Albert Anastasia por ejemplo. Frank Costello, Joseph Valachi y Thomas Luchese. Nada ha cambiado desde 1930 hasta hoy con respecto al mundo del «gangsterismo». Y si pensamos en cambios, son para mal. Para fortalecer la organización, para aunar el imperio del crimen, robo, soborno, cohecho, extorsión y violencia y encauzarlo dentro de una poderosa máquina de perfectos engranajes, llamada «Cosa Nostra». Yo, iluso de mí, concebí un día la idea de que todo eso podía terminar. De que cortando la cabeza suprema de esa organización conseguiríamos extinguirla. Y lo mejor, para llegar hasta ella, era empezar por abajo. Por todo eso, y no he de negar que también en vistas a consolidar mi situación política, decidí abrir un comité secreto con el deseo de reunir pruebas suficientes para ese total exterminio. Hombres de la calle podían ayudarme a llegar hasta ese jefe supremo, hasta el sustituto de Albert Anastasia cuya identidad aún no hemos conseguido establecer.

—¿Por eso contrató a Jim Maine?

—Y a otros como él. No he querido hacer otra cosa que secundar las teorías de Kefauver y seguir sus mismos métodos. Me doy cuenta que no he conseguido mucho más de lo que consiguió mi colega. Hasta veo que me veré obligado a repetir ante el Comité Senatorial del Crimen las mismas palabras que él pronunció —torció la cabeza

hacia su secretario, diciendo—: ¿Quiere leernos el extracto del discurso pronunciado por el senador Kefauver en 1951?

Otis Beradino asintió con la cabeza mientras revolvía el montón de cuartillas que tenía ante sí.

Pronunció con voz clara:

«En Estados Unidos existe un Sindicato del Crimen de extensión nacional. Es una organización no muy bien organizada, pero coaligada entre sus grupos criminales autónomos “locales” que laboran juntos en provecho mutuo. Sus actividades son controladas por una sociedad cínica de criminales, políticos venales y hombres profesionales de negocios, sin escrúpulos ni conciencia. Detrás de los núcleos “locales” del crimen existe una organización internacional de carácter oscuro, conocida como “Maffia” o “Cosa Nostra”. Aunque los políticos deshonestos y los oficiales corrompidos están en minoría, la corrupción político-social de Estados Unidos parece haber alcanzado un elevado nivel. La culpa mayor puede achacarse a las agencias de ley de enjuiciamiento federal. La infiltración de negocios ilegítimos en los legítimos y la dirección de ambos por conocidos magnates del “gangsterismo” ha progresado de una manera alarmante».

—Como verá —dijo Slade al término de la lectura efectuada por su secretario de las declaraciones del senador Kefauver—, quien no ha progresado he sido yo. Me imagino, Godard, que usted se estará preguntando lo que pueden importarle mis problemas, ¿verdad? Pero el problema no es sólo mío, sino de todos.

—¿También de los que pensamos si el próximo día comeremos un plato o dos?

Slade sonrió.

—También. Porque ustedes, indirectamente... o muy directamente, son víctimas de ese problema. En su situación social y

económica tiene gran influencia ese tronco podrido alrededor del cual medran con la esperanza de comer tres platos al día. ¿Me entiende?

Rock Godard encajó con fuerza las mandíbulas.

—Lo lamento, míster Slade. Sólo entiendo que una mujer que nada sabía de ese tronco podrido, que nunca había oído hablar de la «Cosa Nostra», que ignoraba que un hombre llamado Slade estaba tratando de luchar contra el imperio del crimen y el «gangsterismo»... ¡fue asesinada cobardemente! ¿Quién es culpable de esa muerte, míster Montgomery Slade? Ese sindicato que se defiende cruelmente de sus enemigos, o usted que encomendó a Jim Maine una labor de investigación que costó su vida y luego la de ella.

Slade torció la cabeza con lentitud adoptando una expresión oscura, severa.

—Comprendo sus sentimientos, Godard —anunció con voz clara—. Y si enfoco el problema desde su propio prisma le diré, aunque ello duela, que de no haberle salvado a usted la vida Jim Maine hubiera buscado otro a quien confiar su mensaje, con lo que se hubiera evitado la muerte de esa muchacha.

Se hizo un corto silencio. Y esta vez, fue Rock Godard quien lo rompió, diciendo:

—Entonces, según usted, míster Slade, ¿debemos creer en los imponderables del destino?

—En efecto, Godard. El destino es una fuerza todavía más oculta y poderosa que la «Cosa Nostra». Sí, ya sé, juzga que es una comparación pueril, ¿verdad? Sin embargo, ¿puede usted rechazar mi argumento... puede rebatir que la fatal suerte de esa muchacha quedó fijada, ni el día que yo encomendé a Maine las investigaciones, sino aquel otro más lejano, allá en Corea, cuando él le salvó a usted la vida?

Godard inclinó la cabeza.

—Otis —dijo acto seguido Slade mirando a su secretario—, ¿quiere hablarle al señor Godard de las manifestaciones de Thomas Edmund Dewey^[1] cuando dejó de ser fiscal general de Nueva York para ocupar el cargo de gobernador en esa misma ciudad?

Otis Beradino removió de nuevo las cuartillas que se amontonaban en distintas carpetas.

Todo un archivo de efemérides del mundo del crimen y la lucha por exterminarlo, el que manejaba el secretario de Montgomery Slade.

Volvió a leer con su voz profunda de agradable inflexión:

«¡Lloro a hombres como Eliot Ness! Sí, los lloro, a él y a los como él. Porque precisamente los pequeños, los sin importancia, los que se contentaron con ciento ochenta dólares al mes, fueron quienes lucharon con mayor ahínco, fe y voluntad, contra aquellos que les ofrecían miles a la semana. ¿Qué por qué digo esto? ¡Porque son precisamente los pequeños quienes deben luchar contra el imperio del crimen y el “gangsterismo”! Cuando los hombres que desde su posición humilde, oscura y anodina, se creen desheredados del mundo en que viven y obligados a odiar a los que están arriba comprendan, se den cuenta de lo necesarios que son a la sociedad y a sí mismos, cuando entiendan que no es aferrándose a su triste suerte, a su posición contemplativa y futurista como se levanta la vida de un pueblo, de una nación, de un hombre solo... cuando todo esto sea comprendido por los que ahora se obcecan y se niegan a colaborar, es posible que esta lucha en la que no hemos logrado vencer tenga al fin un triunfador que esgrima las armas de la justicia y honradez y muestre la cabeza de la “serpiente” definitivamente aplastada».

Rock Godard sonrió con suave ironía.

—Si trata de convencerme de mi importancia con respecto a la sociedad le diré, aunque suene también duro, que no creo en la sociedad, menos que en mi importancia... y que he visto demasiado para asimilar teorías que en la práctica se desvanecen como el humo en el aire.

—¿Escéptico? —inquirió Slade suavemente.

—Desengañado y positivista —corrigió Godard—. Son los términos correctos, los que mejor encajan en aquel que no tiene un dólar en el bolsillo y que ha visto cómo juegan a ladrones y policías los que tienen mucho dinero sin preocuparse, ni importarles, que caigan precisamente los pequeños. Esos que según míster Thomas E. Dewey tienen tanta importancia pero que, en realidad, no tienen ni donde caerse, muertos.

Inesperadamente, intervino Otis Beradino para decir con su tono reposado:

—Señor Godard, si bien es manifiesto el antagonismo que desde su posición profesa a quienes están por encima, adivino que no está del todo firme en sus convicciones. Diría, sin temor a equivocarme, que usted se encuentra bajo los efectos de un... llamémosle «*shock*», producido por la muerte de esa muchacha. Su estado anímico no es el normal en usted.

Rock Godard apartó los cabellos que le caían sobre la frente. Un rictus extraño brilló en su faz al responder:

—Es usted un hombre inteligente, míster Beradino, Hasta un buen sicólogo. Lamento no estar a su altura para poder responder en los términos precisos y adecuados; no obstante, un hombre de su capacidad sabrá comprender que, en el estado anímico normal de los seres como yo, el crimen, el asesinato brutal, no se asimila con la impasibilidad y maneras frías que por los cerebros preparados. O sea, vulgarizando, para mí, la vida de un ser humano vale más que la gloria personal de leer ante el Senado un buen informe acerca de los progresos efectuados en la lucha contra el «gangsterismo»... a costa de los cadáveres *sin importancia*.

Tanto Montgomery Slade como Otis Beradino, acusaron visiblemente el certero impacto, la descamada verdad que Rock Godard, un hombre de la calle, había puesto en sus escogidas palabras.

—No voy a discutir sus razones —terció el secretario—; sin embargo, tengo la completa seguridad de que ha venido usted a ver a míster Slade para proponerle lo contrario de cuanto se pueda suponer de usted a través de sus palabras. O sea, resumiendo, que arde en deseos de colaborar con nuestra causa pero, al mismo tiempo, desea ser convencido de ello para acallar sus erróneas convicciones. ¿Por qué si no su llamada, casi angustiosa, desde

Nueva York? ¿Por qué su vehemente deseo de hablar personalmente con míster Slade?

Beradino era un hombre sagaz. Un experto conocedor de la especie humana.

Pero Godard, que había adquirido su experiencia en el mismo escenario de la vida real, en la cruda exposición de los problemas humanos, no estaba en hándicap ante hombres de la talla de Beradino.

Dijo pues, con una sonrisa fría:

—No creo que usted, ni tampoco míster Slade, lleguen a comprender jamás las razones que me han movido a dar este paso. Jamás he implorado limosnas y menos de quienes, como usted ha dicho míster Beradino, están por encima de mí. No obstante, he pedido que se me pagara un viaje en avión hasta Washington; lo que es igual: he confesado que no tengo un centavo. ¿Cree que puedo haber hecho eso para dejarme convencer de que mis convicciones no son lo firmes que yo creo? Es absurdo. Tan absurdo como que Olivia Duncan fuera asesinada por los azares del destino.

Montgomery Slade intervino de nuevo en la conversación. Simplemente, para preguntar:

—¿Venganza?

Rock Godard no respondió.

Consecuencia de que desde hacía unos segundos sus ojos estaban fijos en la fotografía erguida sobre la mesa de Slade en el interior de un marco de piel.

La foto de una mujer morena.

De una mujer sonriente. Bonita. Joven y agradable, Sus facciones, en conjunto, traían una expresión conocida a la memoria del detective privado.

Expresión que no conseguía asociar debidamente.

Montgomery Slade no tuvo más que seguir con la suya la mirada del otro para comprender el porqué de su repentino mutismo.

Dijo entonces, con naturalidad:

—Es mi esposa, Godard. Hermosa, ¿verdad?

Rock, confundido, alzó la cabeza vivamente. Ni se le ocurrió comentar lo que seguramente estaba en el pensamiento de su interlocutor, como en el suyo propio.

Demasiado, joven para un hombre de la edad de Slade.

—Sí... sí —musitó—. Le felicito. Es encantadora.

Sonrió Slade, preguntando sin demostrar excesivo interés:

—¿Le preocupa algo, Godard?

No era preocupación exactamente lo que distraía la atención del detective. Sólo que trataba de recordar en qué otro rostro había visto la misma expresión que en el de la esposa de Montgomery Slade.

—¡Oh, no! Nada me preocupa y me preocupa todo.

—Está aquí por venganza, ¿verdad, Godard? —se interpuso Otis Beradino, efectuando la pregunta que Rock no había llegado a responder antes.

Rock ladeó la cabeza.

—¿Y por qué no llamarlo justicia?

—Llamémoslo así —cabeceó Slade.

—El señor Godard —habló de nuevo Beradino— es detective privado.

—Con pocos clientes y muchas deudas —le atajó Rock en un escorzo de triste humor.

—Aclaración ésta —siguió Beradino— que lo trae a las mías.

—No le comprendo.

—Si usted fuera un detective de pocos escrúpulos —agregó el otro—, como hay más de cien, es seguro que tendría una elevada cuenta en el Banco y clientes importantes. El hampa les abre camino a sus colegas de poca ética profesional, ¿o no lo sabía?

—Lo sé. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Demuestra que es usted un hombre honrado y justo.

Rock sonrió melifluo.

—O un hombre que ni a las gentes del hampa es útil. ¿No considera, o no quiere considerar esta posibilidad?

—No la consideramos —intervino Slade—, cuando un hombre se muestra inteligente y preparado. Como usted, Godard.

—Y ahora —apuntó Beradino—, ¿por qué no nos dice la verdadera razón de su presencia aquí?

Rock Godard se mesó los cabellos.

—Quiero ocupar el puesto de Jim Maine.

—¿Por qué? —indagó Montgomery Slade.

—Se lo he dicho: Justicia. Quiero que los culpables de esas dos muertes paguen.

—Eso no me basta —dijo el otro, con firmeza rayana en la autoridad.

—¿Qué debo hacer entonces?

Montgomery Slade y su secretario se consultaron con la mirada. Una muda interrogación, pero muy elocuente, que equivalía a preguntar si Rock Godard era el hombre adecuado.

—En primer lugar —anunció Slade tras el corto silencio—, debe obtener el sobre que le fue arrebatado. Luego, hacer todas las investigaciones que su posición le permitan, encaminadas, es obvio, a descubrir la identidad de ese jefe supremo.

—Para ello —agregó Beradino antes de que Godard tuviera tiempo de replicar—, es necesario que su cerebro trabaje libre de complejos y obcecaciones. Una labor sorda y callada es la que deseamos que usted desarrolle. No que encuentre en ella un arma de venganza o de justicia, si quiere llamarlo así, entendido a su manera.

—O sea —musitó el detective con aguda ironía— que debo responder a los mensajes de plomo con hermosos centros de flores en los que destaquen largos y blancos cirios, símbolo y emblema de pureza. ¿He Interpretado bien?

—Ha interpretado con excesivo sarcasmo —atajó Slade—. Nadie le ha dicho cómo debe responder al plomo porque demasiado bien lo sabe por razones de su profesión. Se le ha insinuado simplemente que se limite a responder... en lugar de preguntar con plomo por delante. ¿Cuál es el precio que le pone a su trabajo, con éxito o sin él?

—No he venido por dinero. Creí que eso había quedado bien claro.

—Pero lo necesita —arguyó Beradino—. No trato de humillarlo, me limito a repetir sus palabras: No tiene un centavo.

—Es cierto —afirmó el detective.

—Para trabajar, lo necesita —casi ordenó Slade—. Si no acepta, al menos el imprescindible, rechazaré su oferta, Godard.

—¿Qué entiende usted por imprescindible?

—De momento, cincuenta mil.

Rock, negó con la cabeza.

—Es mucho.

—Lo que creo que necesita.

—Sin lugar a dudas —remachó Otis Beradino. Y preguntó a Slade—: ¿Le extiende un talón?

—Hágalo —asintió el otro.

Rock, clavó sus ojos en la faz agradable de Montgomery Slade. Dijo lentamente:

—Sé poco de mis enemigos.

—Nada voy a descubrirle —habló con tristeza su interlocutor—. ¿Quiere nombres?

—Quizá baste de momento... para no ir a ciegas.

Beradino tendió unas cuartillas a su jefe mientras él extendía un cheque por valor de cincuenta mil dólares.

—El Comité Senatorial del Crimen encabezado por Kefauver, declaró en 1951 que Staten Island, uno de los cinco condados de la ciudad de Nueva York, necesitaba una «limpieza a fondo»; apuntó la creación de un nuevo Gran Sindicato del Crimen, con directrices similares al de los años 30, cuyo centro rector se ubicaría en Nueva York operando desde los muelles; nombró a Albert Anastasia como el único y auténtico jefe de la «Cosa Nostra» controlando, a través de sus subalternos, situados éstos en predominantes peldaños de la mejor sociedad, toda clase de negocios lícitos o ilícitos. Montgomery Slade hizo un alto en su narración. Dejó las cuartillas a un lado y se encaró con Rock Godard decididamente.

Anuncié:

—El comité Kefauver estaba en lo cierto. Prueba de ello, que en 1957, cuando Albert Anastasia fue asesinado en la barbería de un hotel de Manhattan, registróse una importante conmoción dentro de la «Cosa Nostra». Un principio de desmoronamiento. Por eso Joseph Bárbara convocó en su residencia de Apalachin una reunión de todos los mafiosos preponderantes con el fin, es obvio de designar un sucesor de Albert Anastasia.

Rock Godard alzó la mano derecha como indicando que iba a interrumpir.

—Leí algo de eso —dijo cuando vio que Slade guardaba silencio—. La policía rodeó la hacienda de Bárbara y consiguió detener a la mayor parte de los asistentes a la reunión, los cuales, en 1960, fueron condenados con sentencias de tres a cinco años de cárcel bajo el cargo de conspiración. ¿Estoy en lo cierto?

—Y mucho mejor informado de lo que yo suponía —asintió su

interlocutor con una sonrisa—. Pero hay ciertos detalles que nunca salen a la luz pública en estos casos, ignorados. Tres individuos escaparon a la detención en masa practicada por los federales. Uno: Thomas Luchese; otro: Ralph Gusenberg; el tercero: ese sucesor de Anastasia cuya identidad no se ha conseguido establecer.

—Entonces. ¿Joseph Bárbara consiguió su propósito?

—En efecto. Se votó a un jefe supremo y se reestructuraron los linchamientos de la «Cosa Nostra». Thomas Luchese y Ralph Gusenberg serían las cabezas visibles en Nueva York; por debajo de ellos estarían, en Nueva Orleáns, Carlos Marcello y en Chicago, Ettore Cagliano. Sin descuidar la colaboración de Frank Costello. Por encima de todos, el hombre enigma.

—Y usted supone —dijo Godard— que si la muerte de Anastasia estuvo a punto de suponer el total desmoronamiento de la «Cosa Nostra», llevar ante un gran jurado a su sucesor y acabar con él de una forma espectacular, puede ser la clave definitiva del triunfo.

—No se ha apartado un milímetro de mi suposición —cabeceó Slade—. Pero además de cortar la cabeza suprema, tendríamos en nuestras manos, por mediación de los informes de hombres como Maine y usted el funcionamiento de la columna vertebral de «Cosa Nostra». Datos, fechas, lugares, situaciones, nombres de jefes y jefecillos, de colaboradores insignificantes, de gentes que hoy pasan por ilustres ocupando cargos en empresas privadas, militares y estatales. En resumen Godard, un golpe mortal, definitivo, asestado con fuerza y seguridad.

—Ya veo —dijo el detective sin excesiva confianza, lo que ellos llaman *coup de grace*.

—Buena definición.

Rock Godard apartó una vez más los cabellos que cosquilleaban sobre su frente.

—¿Y usted cree sinceramente, míster Slade, que un futuro senador amante de la verdad y la justicia secundado por un puñado de tipos como yo, pueda, ya no digo acabar, sino simplemente asestar un golpe que pueda resquebrajar la firme estructura de la «Cosa Nostra»?

—Lo que construyen los hombres, nadie mejor que los hombres lo pueden destruir. La historia universal es un fiel espejo en el que podemos mirarnos. Todos los grandes imperios fueron destruidos en

menos tiempo del que se empleó para alzarlos. Figuras como Napoleón y Hitler mordieron el polvo de la derrota...

—Entiendo, mística Beradino —le atajó Rock mientras guardaba el cheque en su deteriorada cartera— que todo lo que usted sabe del mundo del «gangsterismo» de «Cosa Nostra» en concreto, dimana de esas cuartillas mecanografiadas que con tanto celo archiva. El paralelismo que trata de establecer no sirve como razonamiento a lo que quiere explicar. La guerra abierta es algo muy distinto, y sobre todo mucho más noble, que la lucha sorda contra un imperio hostil que no cuenta por no contar con nada, ni tan siquiera con ideales. Ambición, egoísmo, intereses retorcidos que se defienden hasta los extremos más crueles. Quizá una guerra, precisamente una guerra, sería el único medio de poner fin a esta paz sofisticada que tiene por trono a la corrupción y por cetro al crimen.

—Correcto, Godard —asintió Montgomery Slade estoy con usted. No obstante, me parece lamentable empujar a una total destrucción del mundo para extraer de él la mala simiente.

—Yo... —musitó el detective— trataré de luchar en el frente, señor. Mi vida, aunque Thomas Edmund se esforzara en demostrar lo contrario, sé que vale mucho. No me importa perderla en aras de una causa que considero noble y por cumplir una justicia a la que, el destino, me hace sentir obligado. Se puso en pie.

Otis Beradino le imitó, tendiéndole la mano.

—Estaremos pendientes de sus noticias.

Godard, tras estrechar la mano que le tendía el secretario de Slade, miró a éste abiertamente.

Inquirió:

—¿Cuánto tiempo falta para las elecciones?

Sonrió el aludido casi con agradecimiento. Dijo:

—No le importe eso, Godard. Y no suponga que a mí me obsesiona la ambición. Aunque no me moviera de donde estoy, si nuestros proyectos se ven coronados el éxito, tenga la certeza de que mi satisfacción será mucho mayor que la gloria efímera de ser miembro del Senado de la nación a la que amo... y a la que sé puedo servir desde cualquier lugar o escala social.

—¿Cómo los sin importancia?

—Quizá en ocasiones, los sin importancia como usted se

considera, pueden prestar al Estado y a la comunidad ciertos servicios que, nosotros, los que gozamos de posiciones privilegiadas, por esa misma razón, no podemos prestar. ¡Mucha suerte, Godard! Un apretón de manos selló el pacto entre los dos hombres desconocidos a quien el Destino, un lejano día allá en Corea, empezara a unir con una de sus veleidades.

Otis Beradino acompañó al detective hasta la puerta. Por el amplio sendero de grava que serpenteaba a través de la inmensa residencia de Montgomery Slade, caminó Rock Godard en busca de la verja que facilitaba la entrada y salida al recinto.

En vuelto en sus pensamientos. Preguntándose el por qué se había embarcado en aquella nave. Tratando de convertir las ideas deslabazadas en argumentos coherentes.

¿Cómo empezar?

Sí, Jim Maine había empezado... y terminado mal.

El óvalo de porcelana, que era la dulce carita de Olivia, asomó a su confundido pensamiento con fuerza arrolladora.

Sí, por ella.

Por un absurdo.

Por un sobre.

Acababa de rebasar la ancha curva que desembocaba en el tramo final del sendero cuando una despampanante carrocería de color crema, que pilotaba una sonriente mujer, se detuvo a su altura.

Asomó el rostro de ella.

—¿Es usted amigo de Montgomery?

Rock la identificó al instante. Igual su expresión que la mostrada desde el marco de piel.

¿A quién le recordaba...?

—No, no sería justo decir que soy amigo de su esposo —respondió, en tanto que su cerebro se esforzaba por dar forma al recuerdo—. Simplemente un conocido, un modesto colaborador.

—Me llamo Elizabeth.

Y sacó su mano izquierda por la ventanilla contemplando, con satisfacción cómo él la llevaba a sus labios suavemente.

—Rock Godard, a su disposición.

La mujer sonrió. Dijo, como una excusa para prolongar aquella conversación incómoda:

—Hacía tiempo que no veía un hombre joven por estas latitudes, Rock. Y además, si a eso añadido que me parece usted simpático... ¿Volverá por aquí?

—Quizá, señora Slade.

—Llámeme... Liz.

—Puede que algún día, Liz.

Tomó su mano, la besó de nuevo y echó senderó abajo sin despedirse. Elizabeth Slade lo contempló unos segundos a través del retrovisor.

Desconcertada.

Rock, también lo estaba. Porque había conseguido asociar la imagen de Liz con el recuerdo de otra muy parecida.

La de Connie Novello.

CAPÍTULO IV

En el preciso instante de poner la mano sobre el interruptor un sexto sentido avisó a Godard de la presencia de un peligro tan inminente como invisible.

Retiró los dedos del conmutador con lentitud y sigilo para hundir la mano en el bolsillo de su «saco» en busca de la linterna.

Con la derecha extrajo el revólver.

Pulsó el encendido de la lámpara barriendo las tinieblas en zig-zag
para apagar enseguida.

Vio brillar el fogonazo.

Pero cuando el proyectil hendió el aire con su lúgubre silbido, Godard había variado su posición.

Sin pensarlo, Rock oprimió el gatillo de su revólver enfilando el cañón hacia el lugar donde había visto brillar el fogonazo.

Percibió el impacto de las balas contra la pared.

Por ello, el gemido que emitió su oculto antagonista no le condujo al error que el otro aguardaba.

Pero sí, correspondiendo a la astucia, hizo resonar sus pasos cual si caminara de nuevo al conmutador de la luz.

Pegado a la pared y agachado a la mitad de su estatura estiró el brazo para dar el encendido.

Brilló la luz.

Y al instante, como Rock había supuesto, sonaron dos disparos al unísono.

Ambos impactaron en la pared por encima de su cabeza y en el punto que se suponía debiera estar.

Fue un blanco fácil el que obtuvo Rock. Y con impresionante limpieza hizo volar de las manos de su agresor la «*Parabellum*» que

empuñaba.

Le sonrió fríamente.

—¡Vaya! Diría que nos conocemos, ¿verdad, amigo?

«Canijo escopeta recortada», a quien Rock Godard recordaba perfectamente, como a todos los pistoleros que habían intervenido en la escaramuza del «Pearl», se veía muy elegante dentro de su traje azul eléctrico.

Mostraba la palma de ambas manos, y éstas, separadas del cuerpo.

—¡Qué inmensa alegría me proporciona verte, pequeño! — Siguió el detective con glacial entonación—. ¿Recuerdas a la chica... sí, a la que raptasteis? Murió en el yate. Tú serás el primero que pague por su muerte... cerdo asqueroso.

—¡No... no la maté yo! —exclamó el tipo con el semblante demudado.

—¿De veras? ¿Quién la raptó? ¿Quién ordenó el rapto? ¿Por qué? Procura responder a estas preguntas o te sacaré la piel a tiras, marrano.

«Canijo» miraba de un lugar a otro, cual si buscara una posibilidad de salvación.

—No, amigo. No tienes salida. Empieza a soltar la lengua antes de que me impaciente.

El fulano empezó a sudar copiosamente.

—No... no puedo. Existe un juramento que no puedo violar...

Rock le sonrió aviesamente.

—«La Omerta», ¿eh?

—Sí, sí... me matarán.

—¿Y qué supones que voy a hacer contigo?

Tragó saliva.

—Matasteis a la chica —siguió el detective—, a una mujer indefensa que en nada podía perjudicaros. A Maine también... y tú has venido para hacer lo propio conmigo. ¿No se te ocurre nada mejor que ese cuento del juramento inviolable?

—Es cierto... usted no sabe, no puede...

—Sí, sí que sé.

En dos zancadas Rock se plantó frente al tipo sacudiéndole un trallazo demoledor en plena boca del estómago.

Tropezó con una silla arrastrándola con él al suelo.

—¿Cómo te llamas?

Retorciéndose con ambas manos apretadas sobre el abdomen, respondió jadeante:

—Ludeck Pigeon.

Al tratar de revolverse, el «Canijo» recibió un puñetazo en el hígado que lo hizo estirarse instintivamente.

—Bien, Ludeck, ¿para quién trabajas?

—Para Ralph Gusenberg «Diamante».

Por segunda vez trató de incorporarse, recibiendo el mismo castigo que la anterior.

—Ahí en el suelo te ves muy bien, Ludeck. ¿Por qué os «cargasteis» a Maine?

—Yo... no fui. No estuve en eso.

—Ya —sonrió el detective con ironía—. Tú no estás en nada. Eres el más inocente de la familia. ¡Contesta a mi pregunta!

—Maine era un traidor.

—¡Hum, qué chico tan malo! ¿A quién traicionaba Maine?

Ludeck se limpió la cortina de agua que corría por su frente.

—A la «Cosa Nostra».

—¿Qué tenía que ver Maine con la «Maffia»?

—Cobraba. Por escribir artículos detractando o enalteciendo a determinados personajes. También por obtener algunos informes.

Rock Godard, sorprendido ante aquella revelación, se acarició la barbilla pensativo.

—¿Cómo se descubrió la traición de Maine?

Ludeck suspiró anonadado. Pero un tercer punterazo acabó por disipar sus vacilaciones.

—Hace tiempo que se venía sospechando la existencia de un traidor en la organización. La otra noche en un restaurante del Queens llamado «La Stella», se reunieron ocho de los más importantes miembros de la «Cosa Nostra» que, procedentes de varios puntos de la nación, habían llegado a Nueva York para conferenciar acerca de la enfermedad de Thomas Luchese y votar un sustituto que debía quedar sujeto a la aprobación del jefe supremo. Gusenberg, ignora el motivo, no asistió a esa reunión. Y los ocho jefes fueron detenidos al salir de «La Stella» por agentes del FBI. «Diamante» se puso como loco y nos ordenó que revolviéramos la ciudad hasta encontrar al soplón. Giuseppe Martino,

lugarteniente del «boss», decidió interrogar a Bill Gaynor propietario de «La Stella» y afecto a la organización. Giuseppe y Tonino lo destrozaron de una golpiza obligándole a «cantar».

—¿Fue él quien delató a Jim Maine?

Ludeck asintió con la cabeza.

—Más que eso. Admitió haber colaborado con Maine en la investigación que éste llevaba a cabo por cuenta de un político importante al que, en breve, le facilitaría una serie de reveladores datos que había recopilado. Dijo también que Maine había dado el «soplo» a los federales para que cazaran a los ocho jefes de la «Cosa Nostra».

—¿Qué había entre Maine y Connie Novello?

Ludeck se mordió los labios.

—Eran amigos. Bill Gaynor dijo que Maine pensaba largarse con la chica a Sudamérica cuando cobrara los setecientos cincuenta mil dólares que debía recibir por sus informes.

—¿No trabaja Connie con ustedes? —inquirió Rock con los ojos brillantes.

—Sí... Gusenberg la protegió durante mucho tiempo.

—¿Cómo no le habló Connie al «boss» de los propósitos de Maine?

—Lo ignoraba.

Rock, permaneció unos instantes pensativo. Algo no encajaba con lógica en aquel asunto.

Jim Maine pensaba marcharse del país con la Novello, prueba evidente de que estaba enamorado de ella. Y sin embargo, ni en los momentos de intimidad había revelado a Connie sus propósitos.

¿Desconfianza?

No. Si la amaba lo suficiente para arriesgarlo todo no podía desconfiar. Entonces... ¿por qué le había estado ocultando lo que no había vacilado en comunicar a un tipo llamado Gaynor?

Confuso. Absurdo.

—¿Qué ocurrió luego? —inquirió el detective.

Ludeck apoyó ambos codos en tierra para cambiar de posición.

—Gusenberg —repuso el pistolero—, instado por Giuseppe y Tonino, llamó a Connie. Debíó parecerles sincera puesto que no la tocaron. El «boss» le ordenó que aquella misma noche tirara a Maine de la lengua. Creo que escucharon la conversación entre

Connie y Jim ocultos en el apartamento de ella. Luego, Giuseppe lo «liquidó».

—Y prepararon la escena para convertir el asesinato en homicidio en defensa propia.

—Sí... Albert Seimund, teniente de la Brigada de Homicidios, cobra de la «Cosa Nostra».

—Muy interesante —musitó Rock—. ¿Cómo supo Gusenberg que Maine había depositado una copia de sus informes en Lista de Correos a mi nombre?

—Debió decírselo el mismo Jim a Connie.

—Es posible. ¿Quién está por encima de Gusenberg?

—El jefe supremo.

Rock guardó silencio unos segundos.

—Bien, amigo Ludeck —dijo al fin—. Ahora vas a trabajar para mí.

«Canijo» abrió los ojos con asombro.

—No, no comprendo.

—Comprenderás, comprenderás. Porque tú eres un tipo listo y los tipos listos comprenden enseguida.

Rock se apartó ligeramente indicando con el cañón de su revólver a Ludeck que se incorporara.

Obedeció, aunque con dificultad, ya que lo incómodo de la posición mantenida hasta entonces había entumecido sus articulaciones.

—Ahora, amigo Ludeck, te vas a comunicar con Martino.

El fulano palideció.

—¿Qué... qué le digo?

Sonrió fríamente el detective.

—Muy sencillo. Le dices que yo he tratado de canjear mi pelleja a cambio de un secreto. ¿Cuál secreto? El de que existe una segunda copia del informe de Jim Maine, la cual está en poder de una mujer llamada Dinah Roberts que actúa en el «*Show Mara*», *cabaret* de la 52 Oeste. ¡Ah! Le dices que esa muchacha tiene pasaje para el primer vuelo de mañana a Washington. ¿Me has comprendido?

Ludeck Pigeon cabeceó en silencio.

—Una recomendación —le advirtió Rock antes de que tomara el teléfono—, amigo Ludeck: Bastará que pronuncies una sílaba que me suene a contraseña para que te cosa por la espalda. ¿Está claro?

«Canijo», sudoroso y pálido, asintió repetidas veces.

—Lo haré como ha dicho.

En efecto, bajo la atenta mirada de Rock, el pistolero disco un número en el dial y pidió para hablar con Martino.

Sin alterar una palabra de las pronunciadas por Godard, repitió a Giuseppe Martino lo que el detective le dijera.

Cuando por lo visto le preguntaron qué había hecho con Rock, respondió que lo convenido: «Liquidarlo».

Colgó el auricular lentamente.

Y al retirar el brazo lo hizo con inesperada rapidez y violencia propinando un bestial codazo en el plexo de Rock.

Godard, que sin duda no esperaba la agresión, en exceso confiado por la aparente docilidad del pistolero, boqueó al notar que el aire escapaba de sus pulmones.

Ludeck se revolvió como una fiera empotrándole la rodilla en mitad del rostro.

Rock cayó de espaldas mientras el revólver escapaba de sus dedos.

El pistolero, evitando un posible cuerpo a cuerpo por temor a su inferioridad, envió la puntera de su zapato contra el bajo vientre de Godard.

Rock, nublada la vista por el dolor, sólo vio el bulto confuso que se le venía encima.

Y en esfuerzo sobrehumano atrapó la pierna de Ludeck tirando con toda la fuerza de que pudo hacer acopio.

«Canijo» trató de conservar el equilibrio pero no lo consiguió, cayó cerca de Rock rozándole la cara con sus zapatos.

Godard quiso incorporarse pero el otro le ganó en agilidad pasando a su espalda velozmente para rodearle el cuello con el antebrazo.

Notó el detective que la presión aumentaba peligrosamente mientras hacía denodados esfuerzos por renovar el viciado aire que cargaba sus pulmones.

Ludeck, inyectado el rostro en sangre, seguía aumentando la presión.

—¡Te mataré... te mataré! —jadeaba—. ¡Nadie sabrá lo que he confesado! ¡Ya estás de color morado... ya no respiras!

Sí respiraba. Pero débilmente. Y las fuerzas le abandonaban, al

tiempo que una extraña lasitud iba apoderándose de sus miembros.

Sólo un esfuerzo titánico podía librar a Rock Godard de la cruel muerte que le tendía sus esqueléticas manos.

Lo realizó.

Lanzando ambos codos hacia atrás como Ludeck lo hiciera junto al teléfono.

El golpe no llevaba mucha fuerza pero sorprendió al asesino haciéndole aflojar de inmediato la asfixiante presión que ejercía sobre la garganta de Rock.

Éste, al notar que su pecho se inundaba de aire, saltó hacia delante antes de que Ludeck tuviera tiempo de aplicar de nuevo su presa.

El asesino, rojo de ira, vio por el rabillo del ojo la pistola que Godard había soltado al caer.

Se precipitó hacia ella.

Rock, percatado de la maniobra, le asestó un punterazo a la silla más cercana enviándola certeramente contra la cabeza de Ludeck.

Trastabilló el asesino no llegando a coger el revólver que ya rozaba con los dedos.

Godard, casi repuesto, comprendió que perder un segundo más significaría su muerte. Surcó el aire como una flecha atrapando la frágil anatomía de Ludeck cuando se incorporaba.

Lo alzó por la cintura proyectándolo violentamente contra la pared del fondo. Tropezó el fulano con una lámpara de pie y luego, de cabeza, entró en colisión con el tabique.

Se desplomó en tierra totalmente inconsciente.

Rock, para evitarse otra sorpresa desagradable, lo ató de pies y manos en un abrir y cerrar de ojos empleando la correa de él y los cordones de sus zapatos.

Luego, antes de colocarle la mordaza, se dirigió al teléfono efectuando una nueva llamada.

Cuando descolgaron al otro extremo, dijo rápidamente:

—Reserven un pasaje en el primer vuelo de la mañana a Washington... ¿Cómo? Sí, le doy el nombre. Dinah Roberts... Sí, Roberts. Correcto. Pasaremos a retirar la reservación esta misma noche.

Colgó, encaminándose al enfardado Ludeck.

Sin demasiada delicadeza le soltó un punterazo en el flato al que

respondió Pigeon con un ronco gemido.

Luego abrió los ojos.

—Si no quieres que te destroce ahora mismo, bastardo de los demonios, dime qué te ha contestado Martino.

Lo vio tragar saliva penosamente.

—Que irá él... al club... a por la chica... esta noche.

Rock, recobrando su febril actividad de momentos antes, colocó una segura mordaza sobre la boca de Ludeck.

Seguidamente lo llevó en volandas a su habitación valiéndose de las sábanas para inmovilizarlo contra el somier de la cama.

Sacó la botella de *whisky* que guardaba bajo el colchón, echó uno de sus prolongados tragos y salió de la habitación apagando la luz.

Se aseguró de que la puerta quedaba bien cerrada y trotó por los peldaños en pos de la calle.

Tuvo suerte al tropezarse con un taxi libre.

En la 52 Oeste había demasiado derroche de luz, una hilera interminable de neones multicolores que anunciaban toda clase de espectáculos. Por allí deambulaban los barcos humanos que nunca habían tenido rumbo fijo.

Las manos en los bolsillos, un cigarro colgando de los labios, la expresión aburrida, hastiada en algunos casos, caminaban multitud de seres bajo el caudal de brillante colorido que la 52 Oeste derramaba por todos los rincones.

Derroche de luz, exceso de monótonos viandantes... Según se mirase no era un sitio del todo malo para liquidar a Dinah Roberts.

Estaba jugando con la vida de una mujer desconocida cuando tan acremente había censurado a los causantes de la muerte de Olivia Duncan.

Rock Godard se repitió una docena de veces la misma frase al tiempo que se preguntaba por qué motivo había cambiado tan radicalmente su forma de obrar y pensar.

Dinah Roberts era también una muchacha inocente, ajena a los manejos del hampa y de quienes trataban de luchar contra ella.

Un suspiro de alivio escapó por entre los labios de Rock cuando el taxi se detuvo frente al club nocturno.

Abonó la carrera saltando a tierra rápidamente.

«*Show Mara*», ¿cómo no?, tenía su luminoso azul y blanco que

parpadeaba en rápidas intermitencias.

Por dentro, no era una cosa del otro mundo.

Una barra-mostrador, veladores agrupados alrededor de una pista, tablado para la orquesta, parejas que bailaban, otras que lo hacían ver, las «ganchos» de siempre, los desocupados y, en general, buen ambiente.

La atmósfera, un tanto densa, estaba impregnada de buenos perfumes y aceptables aromas de tabaco.

La gente allí, se perfumaba bien y fumaba mejor.

Un tipo con cara de chocolate espeso acababa de plantarse en el centro de la pista, micrófono en mano, cuando Rock Godard se introdujo «*Show Mara*» para adentro.

El negrito tenía un aire de Nat «King» Cole y quizá porque se lo habían dicho elegía canciones del repertorio de aquél.

En este caso, «*Yellow dog blues*».

Rock dio un vistazo alrededor encaminándose hacia el fondo de la sala, paralelo a la pared de la izquierda donde, poco antes del tablado de la orquesta, se abría un pasillo con la indicación de: «*Prívate*».

Al otro lado le salió al paso un individuo casi de su misma estatura que vestía de etiqueta con una reluciente pajarita.

—Soy del *Saturday Evening Post* y tengo concertada una entrevista con la señorita Roberts —mintió con aplomo el detective—. ¿Está ella en su camerino?

El otro asintió con la cabeza.

—Eso creo. Última puerta de la izquierda.

Con toda naturalidad Rock se plantó frente a la puerta indicada y abrió sin llamar.

—¡Buenas noches, Dinah!

La muchacha estaba vestida ya, pero podía no haberlo estado. Lo pensaron ambos mientras se miraban y ella enrojeció.

—¿Es así cómo le han enseñado a presentarse?

Dinah Roberts era más que bonita.

Rock se convenció de eso porque ya lo suponía desde el fugaz instante en que ella le metiera en las manos el mensaje postrero de Jim Maine.

Pero entonces había poca luz. Insuficiente para apreciar la belleza de sus ojos negros, la sedosa catarata de cabello azabache,

la gracia de su boca, la perfección de su busto firme y la maravillosa curva de sus caderas como principio de unas piernas de excelente factura.

Una mujer de cine.

—Como ya nos conocemos —dijo el detective tras un silencio con cierta ironía—, he pensado que estaba de más presentarme.

Dinah se recostó contra el tocador.

—¿Nos conocemos? —Pareció preguntarse a sí misma.

Rock sonrió burlón.

—Como en los cuentos, muñeca. Erase una vez un pasillo oscuro donde había puertas...

Dinah abrió los ojos.

—¿Rock Godard?

—Correcto. ¿Qué tenías que ver con Maine?

—No me hagas volar tu pensamiento, pesquisa. Éramos, simplemente, amigos. Jim me había hecho ciertos favores desde su columna en el *Evening Post*. Hace tiempo me dio un sobre. Le prometí que no lo abriría y que haría entrega de él, caso de ocurrirle a Jim algún percance, a la persona cuyas señas se indicaban. ¿Qué más quieres saber?

Rock disparó la pregunta que hacía rato temblaba en sus labios.

—¿Cómo te enteraste con tanta rapidez de que a Jim le había ocurrido «ese percance»? Los periódicos no han publicado la noticia hasta hoy a la mañana... y tú me trajiste el sobre a las dos de la madrugada.

Dinah no se inmutó.

—Correcto. Recibí una llamada.

—¿Quién?

—Lo ignoro. Se limitaron a decirme que Jim había muerto.

Rock frunció el entrecejo dando unos pasos hacia ella.

—Una explicación muy confusa la tuya... y poco verosímil. ¿No pensaste que podía tratarse de una trampa?

Sonrió la mujer.

—No estoy acostumbrada a pensar.

—Se nota. Pero por si no lo sabes, te diré que este «fraile» sí piensa. ¡Ah! Y te diré también que estás metida en el «ajo».

La muchacha se plantó delante de Rock con los brazos en jarras y la mirada chispeante.

—¡Lárgate de aquí y no vuelvas a ponerte ante mi vista!

Rock, de improviso, la sujetó por los hombros con fuerza.

—Si me largo, fierecilla, te liquidarán. ¿Comprendes? Te llenarán de plomo tu exuberante anatomía.

Retrocedió ella con manifiesta expresión de temor.

—Yo... nada tengo que ver con todo eso.

—Pero yo me he preocupado de que tengas que ver. Hay una reservación para el primer vuelo de la mañana a Washington a nombre de Dinah Roberts. Además, los tipos que mataron a Maine creen que tú tienes un copiador de sus informes. ¿No entiendes? Jim trabajaba para un hombre importante de Washington. Investigaciones sobre las maniobras del bajo mundo... la «Cosa Nostra».

La mujer, asombrada, estupefacta, inquirió con voz trémula:

—¿Qué te he hecho yo para que me inmiscuyas en ese asunto? Me limité a cumplir mi promesa entregándote el sobre... ¿Por qué tratas de hacerme daño?

Rock la tomó por los hombros, con suavidad ahora, empujándola con delicadeza hacia la banqueta del tocador.

—Trata de comprenderme, Dinah —dijo con tono afable y matiz persuasivo—. No pretendo hacerte daño, lo único que quiero es protegerte. Por una serie de motivos que no llegarías a comprender, todos cuantos tuvimos relación con Jim Maine corremos un grave peligro. Ciertos elementos que pertenecen a un mundo donde el crimen es algo tan corriente como fumarse un pitillo, suponen que estamos en posesión de secretos que pueden perjudicarles. Tratarán, por ello, de asesinarlos. Yo... he creído que eres una mujer fuerte, al menos lo demostraste esa madrugada, y por ello, antes de que esos tipos nos sorprendan he pensado en sorprenderles. Con tu ayuda, claro.

Dinah Roberts se mesó los cabellos angustiada.

—No entiendo nada, nada... —musitó—. Ni siquiera sé si debo confiar en ti, en tus palabras...

—Estoy sustituyendo a Maine. Dinah. Trabajo para el mismo hombre que trabajó Jim.

Tomó la barbilla de la muchacha para alzar suavemente su cabeza al tiempo que se agachaba para quedar a su altura.

—Dinah... ¿me oyes?

—Sí.

—Soy un hombre que vale poco... y siempre he pensado que aún valía menos de lo que valgo. Hace pocas horas vi morir a una mujer buena como tú. Una pobre chica inocente que no tenía más sueños ni horizontes que casarse, vivir en paz y ser feliz. Eso me ha hecho pensar que estamos en el mundo para algo... que nuestra misión va mucho más lejos de lo que imaginamos, que todo no estriba en cantar cuatro canciones desde un tablado ni en seguir los pasos de un esposo infiel para asegurarse un plato de fríjoles tres veces al día...

—Por tu estatura y tus palabras podría juzgarse que eres un caballero andante de la era moderna... un desfacedor de entuertos.

Rock sonrió cariñosamente.

—No, Dinah. No soy ese quijote... aunque reconozco que el mundo está necesitado de mil quijotes. Pero si tengo en la certeza de mi poca valía el valor suficiente para saberme necesario de ser lo que no soy. Es un tanto complicado, ¿verdad?

—Lo es.

—¿Estás dispuesta a prestarme tu ayuda?

Dinah lo miró rectamente a los ojos.

—Has dicho... que estaba en el «ajo», ¿no?

Rock se sintió culpable. Moralmente culpable.

—No debí hacerla... ni decirlo.

—Poco importa ya, Rock. No sé por qué, pero estoy contigo. ¿Qué debo hacer?

—¿Cuándo es tu actuación?

La muchacha consultó el reloj.

—Dentro de cinco minutos.

—Estaré pendiente de ti. Cuando termines de actuar me adelantaré para ocultarme en tu camerino... —Miró a su alrededor —, detrás de ese biombo. Tengo la certeza de que vendrá uno de esos tipos que mató a Jim. Procura dominar tus nervios y conducirte con serenidad, ¿de acuerdo?

Dinah sonrió animosa y Rock, guiado por un impulso indefinido, rozó fugazmente los carnosos labios de la mujer.

—De acuerdo —susurró ella.

Durante unos segundos se miraron con expresiva fuerza. Y el silencioso encanto de aquella escena quedó roto cuando alguien

golpeó en la puerta, diciendo:

—¡Es la hora, Dinah!

—Tengo que salir a escena, Rock.

Godard la siguió hasta la sala situándose en un lugar estratégico que se hallaba sumido en tenue penumbra.

Desde allí, podía recorrer el local haciendo llegar su mirada hasta todos los ángulos sin que los otros pudieran precisarle a él con exactitud.

Lo vio acodado en la barra.

Giuseppe Martino vestía el mismo traje negro con que lo viera a bordo del «Pearl».

Un ronquido de satisfacción brotó en su pecho. Si todo salía como hasta entonces, el principio del fin estaba cerca.

Observó que el pistolero tenía sus ojos clavados en la figura de Dinah Roberts mientras paladeaba a pequeños sorbos un vaso de *whisky*.

Ella, entretanto, para solaz de la concurrencia que escuchaba con evidentes muestras de complacencia, entonaba con voz melódica, de profundas inflexiones y vibrante matiz, una vieja melodía de Cole Porter: «Noche y Día».

Tres piezas interpretó Dinah. Y Rock, antes de que pusiera término a la tercera, se escurrió sigilosamente hacia el camerino de la muchacha.

No había hecho más que entrar cuando llegó hasta sus oídos la ovación cerrada con que el público despedía a Dinah.

CAPÍTULO V

Cuidadosamente empezó a borrar las huellas que sobre su cutis terso dejaba el maquillaje.

Se percató a través del espejo de cómo la puerta de entrada iba cediendo lentamente hacia delante.

Sus manos acusaron un temblor apenas perceptible que consiguió dominar con tenaz esfuerzo.

Veía ahora un hombro del tipo. Inclínó la cabeza fingiendo buscar algo en su estuche de manicura.

—Te ves muy preciosa, Dinah —oyó decir a su espalda—. Maine fue un fulano de buen gusto, no cabe duda.

La muchacha giró velozmente la cabeza para mostrar en su rostro una expresión temerosa no del todo fingida.

—¿Quién... es usted? ¿Qué busca aquí?

Giuseppe Martino, hundidas ambas manos en el bolsillo, la obsequió con su sucia y torcida sonrisa.

—No temas, pequeña —habló entre dientes—. Para vosotras soy el «Cariñoso».

—¿Qué pretende?

Dinah se había puesto en pie de espaldas al tocador. Y tuvo que hacer un acopio de voluntad para no dirigir sus ojos hacia el biombo.

—Puedo pretender que me beses —soltó Martino—, puedo pretender que me dediques unos minutos, puedo pretender que me hables de tu viaje a Washington, de unos papeles que te dio Maine... ¿Qué prefieres que pretenda?

—No sé nada... nada de esos papeles.

Martino escupió por un extremo de la boca.

—Tienes mucho interés en no saber nada, ¿eh? ¿Qué me dices

de esa reservación para el primer vuelo de la mañana a Washington?

Dinah se mordió los labios.

—Se trata de un... de un compromiso artístico.

—¿De veras?

—Sí. Tengo que actuar dos noches en un club de la capital.

—¿Qué club?

—«Niágara City».

Martino caminó hacia ella con estudiada lentitud.

—¡Estúpida! —exclamó, deteniéndose a un par de pasos—. Me he tomado la molestia de preguntar si actúas mañana a la noche aquí. Sabes la respuesta, ¿no? Te queda contrato en el «*Show Mara*» para tres meses.

—Bueno... —balbució.

—Bueno, ¿qué?

—Tenía que hablar con Mara esta noche.

Martino soltó una carcajada insultante.

—¿Hago cara de imbécil, muñeca? Tienes contrato en vigencia y aceptas actuar dos noches en un club de Washington sin molestarte en pedirle opinión a tu patrona. ¿He de creérmelo?

Dinah se apretó contra el tocador.

—Pensaba decírselo ahora se...

—Eres muy tonta, pequeña. Estoy viendo que no podré ser contigo lo cariñoso que me gusta ser con las chicas lindas... ¿Qué se te ha perdido en Washington?

—Se lo he dicho.

—Empiezo a perder la paciencia.

—¡Le estoy diciendo la verdad!

—Eres cargante, nena. ¿No será que tienes que llevarle a un personaje influyente los papeles que te entregó Maine?

—¡No sé nada de eso!

—Te voy a sacudir... y fuerte.

—¡No se atreverá a tocarme!

Martino soltó una de sus soeces risotadas.

—¿Que no me atreveré dices...?

Dio un salto hacia ella con la zurda levantada.

—¡Anda, Martino, tócala si eres tan «tío»!

Giuseppe se detuvo en seco girando velozmente sobre los

talones. Hizo un fugaz intento de meter la mano en la sobaquera.

—¡Toca el «petardo» y te lleno los intestinos de plomo! —tronó la voz de Rock Godard, «38» en ristre—. Pon las manos en la nuca, «prenda». Eso es, igual que en el yate. Con la diferencia de que ahora lo vas a pasar mal.

Dinah Roberts se apartó del «killer» procurando no interferir la línea de tiro del detective.

—¡Te la estás buscando, pesquisa! —amenazó aún Martino.

La sonrisa que Rock le ofreció nada bueno presagiaba.

—Sí, amigo Martino. Algo parecido me dijo tu colega Ludeck. Supongo que ya te has dado cuenta de que esto ha sido una vulgar celada, ¿no?

—Muy propio de un pesquisa cobarde.

—Es que a mí no me gusta matar mujeres, ¿sabes?

—Yo no «cantaré»... no soy de la misma «pasta» que el cerdo de Ludeck.

—Desde luego, desde luego... tú eres más inocente que un niño de pañales. ¡Vaya! Si se te ve en la cara. Pero descuida, que charlarás por los «descosidos». ¿Has oído hablar del *tercer grado*?

—¡Ja, ja, ja! ¡Estúpido!

Rock, con mordiente ironía, coreó las carcajadas de Martino.

—Te garantizo, bastardo inundo, que el *tercer grado* te va a parecer una película de Walt Disney. ¡Vas a lamentar que tu madre obsequiara al mundo con una hiena como tú!

Quizá Martino empezó a tomar en serio las palabras del detective por el tono en que eran pronunciadas.

—Lleva cuidado con lo que haces —graznó roncamente—, pesquisa. La «Cosa Nostra» no perdona a quien toca a uno de sus miembros.

—¡Oh, no! Palabra que no, «Cariñoso». No pienso tocarte. Mera labor contemplativa, ¿entiendes? Yo miraré mientras te levantan la piel a tiras. ¿Te parece bien?

Martino apretó los labios.

—¡Vuélvete de espaldas!

Obedeció. Y antes de que tuviera tiempo de pensar lo que se le venía encima, Rock saltó sobre él descargándole un demoledor culatazo sobre la nuca.

Giuseppe Martino se desplomó en tierra sin lanzar el menor

gemido.

—Proporcióname algo con que atarlo.

Dinah, no encontrando nada mejor, rasgó en tiras un par de vestidos usados.

Rock, mientras enfardaba al fulano con la misma pericia que lo hiciera con Ludeck, preguntó a la muchacha:

—¿Tiene esto alguna otra salida, Dinah?

Cabeceó ella afirmativamente.

—La de emergencia. Da a un pequeño callejón paralelo a Columbus Avenue.

—¿Puede entrar un auto?

—Trataré de aparcar el mío...

Se interrumpió al leer algo extraño en la mirada de Rock.

—¿Tienes tu yate particular...?

Dinah trató de sonreír.

—Es un viejo «Packard» que saqué del «cementerio» de Greenwich Willage.

—Correcto. Eso nos evitará problemas. No todos los taxistas se dejan sobornar.

Giuseppe ya estaba listo.

—¿Voy por el coche?

—Sí. Pero antes indícame por dónde se llega a la salida de emergencia.

Dinah le mostró el camino.

—Cuando estés dispuesta —dijo entonces Rock—, haz sonar tres veces el claxon.

—De acuerdo.

No hubieron de transcurrir muchos minutos antes de que la señal convenida llegara a oídos de Godard.

El detective, tras asegurarse de que nadie rondaba en aquellos momentos por el pasillo, cargó al hombro con Martino y puso en sus pies toda la velocidad que le permitía la carga.

Llegó hasta el «Packard» sin contratiempos. Y una vez hubo depositado al pistolero sobre el piso del asiento posterior, dijo a Dinah:

—Si no te importa, yo conduciré.

La muchacha le entregó las llaves de inmediato.

—No me importa, Rock. Algo extraño hay en ti para que me

parezca bien todo lo que haces... hasta jugar con mi vida.

—Algún día he de implorar tu perdón por eso, Dinah.

—Sobradamente sabes que no es necesario.

Rock puso el vehículo en marcha saliendo moderadamente a Columbus Avenue.

—¿Adónde vamos? —quiso saber ella.

Rock sonrió.

—Al modesto cubil de un detective privado que hasta hoy no tenía ni para pagar el alquiler.

—¿Puede creerse eso?

—Te lo juro, Dinah.

La muchacha guardó silencio. Rock dedicó su atención al fluido tráfico que, pese a la hora, no había decrecido con respecto al del día.

—¿Quién llama a la humilde molada de Chiang Sho?

Una pausa.

—¡Soy yo, majadero!

Un respingo.

—¡Oh, sí, amo Godard! Qué inmensa alegría la de oír tu voz aunque sea a holas tan...

—¡Basta de protocolo, Chiang!

—Sí, amo. ¿Qué necesital?

—¿Sigues conservando tu espectacular instrumental heredado de tus no menos espectaculares e ilustres antepasados?

—Natulalmente, amo Godard. Chiang no puede plescindil de tan valiosos instlumentos.

—De acuerdo, mandarín. Te quiero en mi cubil antes de que transcurra media hora, ¿entendido?

—Colecto, amo. Puntualidad sel madle de la olganización. En menos de media hola estoy ahí.

Rock Godard sonrió satisfecho mientras colgaba el auricular. Regresó inmediatamente al coche situándose frente al volante.

—¿A quién has llamado?

—A un viejo compañero de armas que me traje de Corea. Un chinito muy simpático... ya lo verás.

Dinah, por la ironía puesta en las últimas palabras de Rock, comprendió, o intuyó, para qué había requerido el detective la presencia del simpático chinito.

No hizo, pese a ello, comentario alguno.
Recorrieron en silencio el resto del trayecto.

Giuseppe Martino, cuando se vio libre de la mordaza, escupió al rostro de Ludeck Pigeon.

—¡Chivato indecente! —agregó.

El otro, que aún temía a Martino, torció la cabeza.

Rock Godard los había sentado uno junio a otro con las espaldas apoyadas contra la pared después que se hubo asegurado de que las ligaduras estaban en perfectas condiciones.

—Os veis muy bien, muchachos —sonrió el detective mientras encendía un pitillo.

Dinah, sin que nadie se lo dijera, buscó la cocina del pequeño apartamento y se dispuso a preparar unas tazas de café.

Se disponía a servirlos cuando el timbre de la puerta repiqueteó con insistencia.

—Yo abriré —dijo Godard.

Chiang Sho era un oriental europeizado, americanizado si mejor se quiere, que vestía con la misma elegancia que cualquier neoyorquino de la clase media.

Conservaba, eso sí, los lacios bigotes tan peculiares de su raza, la expresión impertérrita, inmutable, casi hierática, de sus amarillas facciones y sus ojos diminutos.

No ahorra la brillantina para engominarse el cabello y darle un lustre estridente peinándolo luego en una perfecta raya que dividía sus cubiertas cerebrales en dos partes exactamente iguales.

Lo primero que hizo fue inclinarse reverenciosamente ante la figura de Dinah Roberts.

—Es un honol, un glán honol que sin duda no melezco, señolita...

—Roberts —sonrió ella—. Dinah Roberts.

—Amo Godard sel hombre de gusto exquisito. Chiang Sho siempre opinal así.

Godard palmeó las frágiles espaldas del chino empujándolo hacia el interior de la casa.

Tanto Martino como Pigeon repararon de inmediato en el negro maletín que el oriental mostraba con satisfacción.

—¿Sel estos tus amigos, amo Godard?

—Correcto, Chiang. Éste... —Señal a Martino— se ha permitido

la irreverencia de dudar de tus persuasivas aptitudes para desatar lenguas reacias.

Chiang clavó sus penetrantes ojillos en la figura de Giuseppe que, por primera vez, pareció encogerse a causa del temor.

—¿De veras? —inquirió el chino sin mudar su expresión—. Yo aplesulalme pala convencel a tu amigo de que estal en un elol. ¿Puedo empezal?

Rock Godard se encaró con Martino antes de responder a Chiang.

—¿Y bien, qué opinas tú?

Giuseppe apretó los labios.

Rock miró a Dinah, diciéndole:

—Ve a preparar más café.

Comprendió la muchacha, no tardando en desaparecer. Entonces, el detective se encaró con Chiang Sho.

—Cuando quieras.

Chiang Sho, con la calma propia en la idiosincrasia de los orientales, fue vaciando su maletín.

Luego, dando a sus ademanes una teatralidad que sólo Rock supo adivinar, empezó a preparar su instrumental.

Giuseppe y Ludeck sudaban de angustia. Ambos, como todas las gentes de su calaña, se mostraban despojados de la bravucona arrogancia que lucían cuando se apoyaban en sus pistolas y se sabían apoyados por otros.

Parecía que la cosa iba muy en serio por extraño que pareciese el que un tipo anónimo se atreviera a enfrentarse con los gatilleros del Sindicato.

Pero Rock Godard debía estar loco. Y ellos eran firmes y primeros candidatos a comprobarlo.

Ambos se preguntaban *in mente* quién debía dar el primer paso para evitar que el oriental los torturase. Al fin y al cabo, ninguno de los dos podía revelar grandes secretos.

—¿Quieles descalzallos, amo Godard?

Despacio también, Rock despojó a Martino y Ludeck de sus zapatos y calcetines.

—¡Lo pagarás muy caro, hijo de perra! —barbotó Giuseppe, colérico.

Rock, sin pensarlo, estampó la diestra sobre los labios de

Martino haciendo brotar un hilo de sangre por la comisura de ellos.

—¡Cierra el pico, bastardo!

Hasta aquel momento, Chiang Sho había sido mas tenido de espaldas por lo cual, nadie podía haberse percatado de sus movimientos.

Menos Rock, los demás se sorprendieron al verle volverse enarbolando una aguja hipodérmica.

Dinah, que desde el umbral de la arcada que daba acceso al deslucido comedor contemplaba la escena, también se extrañó.

—Lo de las cañitas entre la carne y la uña de los pies ya está en desuso, ¿verdad, Chiang?

—Desde luego, amo Godard. Hay que lenoyal los plocedimientos, lo mismo que el mundo evoluciona y ploglesa.

Con una rapidez y facilidad pasmosas, antes de que Ludeck y Giuseppe tuvieran tiempo de comprender lo que aquel chino se proponía, Chiang les inyectó en la misma planta de los pies la mitad del contenido a cada uno de la enorme jeringuilla.

—Listo, amo Godard. Es cuestión de espelal cinco minutos.

Un extraño proceso metamorfósico pareció ir desarrollándose en el interior de los pistoleros a juzgar por la expresión de sus rostros al alterarse paulatinamente de una forma anómala.

Transcurridos cinco minutos, ambos parecían sumidos en un profundo sopor.

—¿Qué les has inyectado, Chiang?

Sonrió por primera vez el chino.

—Una considerable dosis de Narcomenol. Todo cuanto digan en un espacio de media hola selá olvidado por sus mentes al volver a la lealidad. ¿Me necesitas para algo más?

—No, Chiang. Gracias por tu colaboración.

El oriental, con más rapidez que al principio, recogió su maletín, saludó a Rock, dobló tres veces el espinazo al pasar frente a Dinah y salió del apartamento.

—Bien, Dinah. Tú vas a ser testigo de cuanto digan estos tipos.

Acto seguido, Rock se plantó frente a Martino.

—Giuseppe, ¿puedes oírme?

—Le oigo.

—¿Quién es el jefe supremo de «Cosa Nostra»?

Un jadeo.

—No lo sé.

—¿Lo sabe Gusenberg?

—Sí.

Rock se acarició el mentón, pensativo. Siguió preguntando luego:

—¿En qué se ocupa Gusenberg para encubrir sus actividades delictivas?

—Es gerente de la compañía de exportación e importación «Italian, New York & C.^o Ltd».

—¿Por qué matasteis a Jim Maine?

—Maine... está vivo.

Rock Godard soltó un respingo. Sus ojos giraron velozmente hasta casi asomar al borde de las órbitas.

Dinah, no menos estupefacta, clavó una mirada interrogante en el rostro del detective.

—Repite eso —soltó Godard de un tirón.

Giuseppe, como un autómatas, sometida su voluntad y consciencia al efecto de la droga, murmuró:

—Maine está vivo.

—¿No lo mataste tú?

—No. Está vivo.

—¿Qué ocurrió entonces en el apartamento de esa mujer llamada Connie Novello?

—Fingimos asesinarlo.

—¿Cómo ocurrió todo?

—Maine llevaba un chaleco protector contra las balas y una recámara con bolsas de tinta encarnada. Mis disparos agujerearon su ropa y reventaron una de las bolsas de tinta. Albert Seimund, teniente de la Brigada de Homicidios, se encargó luego de simular el robo del cadáver.

—¿Qué objeto tenía fingir el asesinato de Maine?

—Engañar a Connie.

—¿Por qué?

—Porque ella es una espía. Es hermana de la esposa de Montgomery Slade.

Godard se dio una palmada en la frente.

—¡Claro! —musitó para sí—. Ahora comprendo su parecido —y en voz alta, preguntó—: ¿Cómo supisteis que Connie es una espía?

—El jefe supremo se lo comunicó a Gusenberg hace tiempo.

—¿Qué clase de juego se traen Gusenberg y Maine? ¿Dónele está escondido el periodista?

—Quieren darle cuerda a Connie para luego matarla o coaccionar a Slade. Planean también provocar una escisión en la «Cosa Nostra» para escalar ambos la jefatura de la organización y dirigirla a su manera...

—Bien —le atajó Rock, que ante aquella revelación estaba confuso y desconcertado—, ¿no trabajaba Maine para Slade?

—Fingía hacerlo. Era un buen sistema de tenerlo inmovilizado. Los informes que iba a pasarle eran totalmente falsos.

—Entonces... tú sabías que no podía ser cierto que Dinah Roberts tuviera una copia de informes que jamás han existido. ¿Por qué fuiste al «*Show Mara*»?

—Hablé con Gusenberg y Maine. Sabíamos que era una trampa y decidimos hacerle el juego a usted. Ellos están...

—¡Estamos aquí! —Tralló una voz a espaldas de Rock Godard.

El detective giró al instante y en el momento que sonaba el angustioso grito de Dinah. Tres tipos de expresivas cataduras empuñaban sendas metralletas. Un par de pasos delante, dos individuos sonreían torcidamente al detective.

Uno de ellos... ¡Jim Maine!

—Yo que no estoy drogado —dijo el periodista con aviesa entonación—, podré explicarte las cosas mejor... ¿No crees, Rock?

Godard, totalmente desconcertado, miró a Maine con manifiesto desprecio.

—Puede que algún día estuviera en deuda contigo, Jim —dijo arrastrando las palabras—. Ahora, estoy seguro de que a los seres abominables de tu calaña no se les debe estar reconocido aunque te salven la vida. ¿Estabas borracho aquel día?

Maine soltó una risotada.

—No podrás negar que soy un tipo inteligente, ¿eh? Así que nuestro amigo Slade te convenció para que sustituyeras al «difunto» Jim Maine, ¿no?

—Me das náuseas.

—¿Vas a prolongar la charla mucho rato, Jim? —preguntó Ralph

Gusenberg «Diamante» al periodista.

—No seas impaciente, «boss». Con tu genio y tus intransigencias serías capaz de echar por la borda el mejor de los negocios.

—¡Me sobra tanta palabrería absurda!

Maine hizo una seña al tipo que estaba a su derecha metralleta en ristre.

—¡Cachéalo, Leo!

El llamado Leo, que tenía mucho más de alimaña sádica que de ser humano, se pasó la lengua por los labios.

—¡De espaldas! —ordenó a Godard adelantando el cañón del arma que empuñaba.

Obedeció el detective. Y el violento culatazo que recibió segundos después contra la nuca, lo sumió en la inconsciencia sin tiempo para proferir una queja.

—Desata a ese par de imbéciles —habló Gusenberg a otro de los gatilleros.

Maine, se había vuelto hacia Dinah.

—Lo siento, preciosa —murmuró con cruel acento y torcida expresión—. Has ido demasiado lejos... ¿Por qué no te limitaste a entregarle la carta a ese imbécil como tenías que hacer a mi «muerte»?

Dinah, aún asustada, reunió energías para replicar con evidente desprecio:

—¡Eres cruel, retorcido y morboso! ¡Das asco, apestas!

Maine, vestido con la petulante elegancia de siempre, sonrió. Y de improviso, con feroz violencia, abofeteó por tres veces consecutivas el hermoso rostro de la muchacha.

—Yo te enseñaré, arpía... —jadeaba mientras volvía a golpearla.

Dinah, tratando de escapar del bestial castigo, no cedió tampoco a la hora de seguir insultándole:

—¡Puerco! ¡Cobarde! ¡Mujerzuela!

Jim Maine, dominado por sus crueles instintos, la golpeó hasta la saciedad.

Hasta que la vio desplomarse en tierra perdido el conocimiento.

—Luego... —jadeó rechinando los dientes—, luego verás lo que hago contigo.

Gusenberg le tomó de un brazo.

—¿Se puede saber qué estamos esperando?

Maine se limpió el sudor que corría por su frente.

—¿Han reaccionado esos estúpidos?

—Martino por completo, Ludeck empieza a despertar.

El periodista clavó una mirada de odio en el cuerpo atado y amordazado de Rock Godard.

—No me has servido como yo quería —musitó como si hablara consigo mismo—. Pero es igual... de todas formas te había sentenciado.

—Ludeck ya está listo —habló Martino—. Ha sido un trabajo excelente, ¿eh?

Maine se plantó ante él propinándole un impresionante trallazo en la boca del estómago.

—¡Cierra la boca, cerdo!

Martino se retorció por el suelo sin ensayar el más leve ademán de rebeldía.

—Estás nervioso, Jim —dijo Gusenberg torciendo la boca—. ¿Nos vamos?

—Sí. Que lleven al pesquisa y a la chica a los coches.

Gusenberg repitió la orden con una simple mirada.

CAPÍTULO VI

La oscuridad era espesa formando una masa negra que los ojos no conseguían traspasar pese a esforzarse.

Como compañero tenía a un silencio lúgubre, casi tangible.

—Dinah... —susurró una voz.

Tinieblas y silencio dieron la respuesta.

—Dinah... —repitió la misma voz— ¿estás ahí?

Un jadeo apenas perceptible. Y la voz de nuevo, gritando ahora:

—¡Dinah! ¿Puedes oírme?

Esta vez, el jadeo se convirtió en un débil:

—Sí... te oigo... Rock.

—¿Te han golpeado?

—No, no me han golpeado.

Chirrió un cerrojo, se abrió una puerta y exclamó alguien:

—¡Sí la he golpeado, Godard! Y sólo ha sido el principio... para ella y para ti.

Brilló una luz.

La estancia era lóbrega, con las paredes rezumantes de humedad, lo cual era muestra evidente de la cercana presencia del río.

De la bóveda colgaban dos bombillas de potente filamento.

Tanto Rock Godard como Dinah Roberts estaban fuertemente atados. Manos pasadas a la espalda y ceñidas por la muñeca con una correa de cuero. Igualmente sujetos los tobillos.

Ambos, fijaron sus miradas en las figuras de Jim Maine, Ralph Gusenberg «Diamante», Giuseppe Martino y los tres fulanos que les sorprendieran en el apartamento del detective metralleta por delante.

—¿Por qué no nos matas de una vez, Maine?

El periodista sonrió de manera escalofriante.

—¡Vaya! —exclamó con sadismo—. Te salvo la vida en Corea y ahora me pides que la mate. No, amigo Godard, no. Todavía no quiero que mueras. Te elegí como comodín en la jugada maestra de mi vida... y lo serás.

—Piensas ser el amo de la «Cosa Nostra», ¿eh? —preguntó Godard con desprecios.

—¡Oh, sí! —rió Maine—. Claro que sí. Las ocasiones que la vida nos ofrece en bandeja hay que aprovecharlas... ¿Opinas tú lo contrario?

Nada dijo Godard.

—Te debo una explicación, Rock. Y puesto que vas a ser uno de los míos... te pondré al corriente de todo.

Godard soltó una burlona carcajada.

—¿De los tuyos? ¡Desgraciado!

Maine le hizo una seña a Martino y éste, con ademanes estudiados, se acercó a Dinah Roberts.

Instintivamente, ella trató de rehuir el contacto de aquellas manos. Pero el criminal, con su inveterado traje negro, la arrastró por el húmedo piso tirándola de los tobillos.

Luego, entre él y uno de sus compinches la pusieron en pie.

Entonces Jim, con violenta cobardía, se plantó ante ella abofeteándola.

—¡Por hacer causa común con ese cerdo!

Miró a Godard. Y al momento ordenó a uno de sus pistoleros:

—¡Desnudadla!

Rock, sintió que algo doloroso rugía dentro de su corazón.

—¡No! —gritó—. ¡No hagas eso! Tú ganas...

—¿Estás conmigo?

Rock cabeceó tristemente. No quería ver repetirse el caso de Olivia en Dinah Roberts.

Y quizá porque en lo más ignoto de su corazón, ésta despertaba unos sentimientos que ni él mismo acertaba a comprender.

—¡Fuera! —gritó Maine a Martino y los restantes pistoleros—. Tú aquí, Gusenberg.

Los cuatro fulanos salieron de la bóveda.

Rock, desde su incómoda posición, observó no con extrañeza pero sí con curiosidad cómo el temido Ralph Gusenberg «Diamante»

casi obedecía sumisamente las órdenes de Jim Maine.

Gusenberg no iría más allá del metro sesenta y cinco, pero quizá medía lo mismo de pies a cabeza que de hombro a hombro. Poseía unos brazos que parecían auténticas mazas y entre sus manos de anchos dedos podía retorcer fácilmente el cuello de un rinoceronte.

Tenía los ojos pequeños pero animados de continuo por un brillo de crueldad, sentimiento que se hacía más ostensible en la línea rígida de unos labios finos que sonreían de manera escalofriante.

Cerca ya de los cincuenta, Gusenberg había iniciado la carrera en el mundo criminal muchos años atrás en las filas de Joe «Bugs» Moran, distinguiéndose entonces como uno de los «killers» más sanguinarios que asoló la ciudad de Chicago en los años 30. Fue requerido más tarde por Johnny Torno, quien le puso al frente de sus gatilleros, y al abdicar aquél en Al Capone, Gusenberg pasó a Nueva York para dirigir en aquella ciudad los «negocios» del Sindicato de «Scarface».

Años después, se convirtió en un «maffioso» preponderante.

Por todo eso, resultaba muy curioso que un hombre con el criminal palmarés de Ralph Gusenberg «Diamante» se comportara con tal docilidad ante un niño prácticamente, como Jim Maine.

—Te leo el pensamiento —habló de improviso el periodista, truncando aquel denso silencio que se había abierto en la lóbrega estancia—. Tratas de comprender por qué el amigo Gusenberg acepta mí... digamos supremacía y secunda mis propósitos para escalar la jefatura en la «Cosa Nostra».

—Exacto —repuso Godard, diciéndose a sí mismo que cuantas más cosas consiguiera saber más armas tendría para luchar si le daban tiempo de ello—. ¿Por qué?

Rió Maine, petulante.

—Tengo un juego de cinco fotografías, ¿verdad, Ralph?, que enviarían al bueno de «Diamante», sin remisión, a la «cristalera» de gasificación. Él, prudente y conservador, ha optado, ¿qué otra cosa podía hacer?, por estar conmigo.

Gusenberg torció la cabeza.

—Hay un jefe supremo... —apuntó Rock con intención.

—También lo había cuando Anastasia. ¿Y qué? Lo «balearon» en una vulgar barbería. Pero eso ya poco importa...

—¿Para qué ese plan retorcido de fingir tu muerte y causar con

ella la de personas inocentes... por qué inmiscuirme a mí que nada te he hecho?

Maine sonrió guturalmente.

—Para que me pagases el favor de Corea. ¿Quieres escuchar la historia?

Rock Godard se arrastró hacia atrás, penosamente, para recostar su espalda contra el mohoso muro.

—Sí, te escucho.

—Montgomery Slade —empezó Maine— es un hombre ambicioso. En esto, coincidimos ambos. Sabe que uno de los problemas políticos de orden interior más importante es el «gangsterismo». Terminar, o casi terminar con él, es un trampolín maravilloso para escalar no sólo un lugar en el Senado sino hasta la presidencia del país. Por ello, Slade decidió abrir su comité de investigación, plagiando la idea que en el año cincuenta y uno pusiera en práctica Kefauver. Pero el amigo Montgomery trató de hacerlo mejor.

—Y no comprendo cómo se fijó en ti —apuntó Rock con mordacidad.

Sonrió Maine.

—Por una sencilla razón: Slade se fijó en aquellos hombres que demostraban una profunda aversión al mundo del crimen y yo, por consignas mismas de la «Cosa Nostra»... ¿sabías que era miembro?, estaba lanzando desde mi columna del *Evening Post* duros ataques al mundo del hampa, a la organización en particular, y también a los negligentes funcionarios de la ley. Por eso, Slade me reclamó como pionero de su comité. Pero se olvidó de decirme que una tal Connie Novello, hermana de una tal Elizabeth Novello, esposa esta de un tal Slade, era el verdadero «James Bond» que había lanzado contra el mundo del crimen.

—Y es una maravillosa actriz —afirmó Gusenberg.

—¡Oh, sí, sí lo es! «Diamante» lo dice porque mordió el anzuelo de tal forma que hasta decidió proteger a la hermosa Connie. O sea, que le sirvió de puente levadizo con alfombra de oro. Connie nos ha traído engañados durante mucho tiempo comportándose como una auténtica golfa, demostrando no tener escrúpulos, fingiéndose ambiciosa y apasionada...; en resumen, una genial actuación.

—¿Cómo supiste que trabajaba para Slade? —inquirió Godard

con la misma tranquilidad que si estuviera él libre y Maine atado.

—¡Ah! Secreto. El jefe supremo de la «Cosa Nostra» se lo comunicó hace tiempo a Gusenberg y éste, ¿cómo no?, a mí. A partir de entonces fragué mi plan. Le hice creer a Connie que estaba loco por ella.

—¿Cómo no le dijiste que estabas trabajando para Slade?

Rió el periodista secamente.

—Eso era la clave de mi proyecto. Slade creía que yo trabajaba con él de buena fe. Connie, como es lógico, lo sabía... pero no por mí. ¿Quién mejor que ella para ser testigo de mi «muerte» y darle cumplidos detalles al amigo Slade? Por eso Bill Gaynor sabía lo que no era necesario que supiese, por eso delaté a los tipos de la «Cosa Nostra» que se iban a reunir en su local. Una muestra de mi lealtad. Total convencimiento para Slade y completa desorientación para el jefe supremo. «Cosa Nostra» tenía obligación de sospechar de Gaynor y éste, «interrogado», necesidad de delatarme. La organización entonces se veía obligada a «eliminarme». Una vez «muerto» yo, Montgomery Slade tendría la convicción de que había sido el mío un trabajo honrado... y el jefe supremo la tranquilidad de que un elemento peligroso no interferiría en sus dictados.

—¿Por qué inmiscuirme a mí?

Volvió a sonreír Maine con su personal petulancia.

—Porque yo tenía la certeza de que Slade mandaría otra persona a sustituirme... y si yo se la ofrecía sutilmente, en cualquier momento podría eliminarla con facilidad. Por ello urdí la trama del sobre que llegaría a tus manos a través de esa estúpida de Dinah. El resto era sencillo. Un segundo sobre en Lista de Correos, que sólo contenía recortes de periódicos, raptar a tu protegida Dinah y obligarte a seguir nuestro juego. Debiste darte cuenta de que el salir con vida del «Pearl» obedecía a un plan preconcebido, como preconcebida estaba la muerte de la muchacha. Ése sería el motivo de que tú decidieras ofrecer tu colaboración a Slade. ¿Vas entendiendo?

Sí, Rock Godard entendía. Entendía la maquiavélica maniobra de un cerebro retorcido al que no podía negársele una inteligencia poco común aunque no la hubiera puesto al servicio del bien.

—¿Cuáles son tus propósitos ahora? —preguntó.

—De momento, Dinah Roberts responderá con su vida de que tú

hagas exactamente lo que yo te ordene. Darás a Slade los informes que a mí me interesen, ¿comprendes?

—¿Y el jefe supremo?

—Prácticamente, ya no existe. Conozco su identidad y puedo eliminarlo en el instante que yo crea oportuno... ¿Supones que él puede temer a un hombre que está «muerto»? Tengo todos los triunfos en mi mano. Rock. Ni Capone, ni Costello, ni el mismo Anastasia ni nadie... han jugado en toda la historia del «gangsterismo», «Maffia» o «Cosa Nostra», una partida como la que yo estoy jugando. Pienso convertir la organización, el nuevo Sindicato, en una máquina poderosa e indestructible que llegará, como nunca ha llegado, a dirigir los designios de la nación en todos los órdenes y facetas. Y yo, amigo Godard, un simple y desconocido periodista, seré el cerebro rector de esa máquina maravillosa que ha nacido de mi inteligencia.

Godard, que había conocido a un Jim Maine jovial, afectuoso, honrado y buen camarada, se preguntó qué enfermedad había entorpecido su cabeza para convertirlo en un loco sanguinario, cruel y peligroso como jamás conociera otro.

—Caminas a velocidad vertiginosa hacia el abismo del rotundo fracaso, de tu propia aniquilación —dijo pausadamente el detective—. Lo que pretendes es tan imposible como tocar con una mano todas las estrellas del firmamento. Podrás asesinar, podrás extorsionar a gentes como yo para que secunden tus criminales empresas, podrás derramar más sangre inocente como la de Olivia Duncan... ¡pero nunca, nunca jamás, alcanzarás ese trono que pretendes alzar sobre un pedestal de cadáveres, ignominia, abyección y crueldad!

Jim Maine rompió en furiosas carcajadas, contorsionándose como un enajenado.

—¡Estúpido, imbécil!... Tú, tú mismo, has de ser testigo de mi triunfo.

Acto seguido dio un grito para que Giuseppe Martino entrara en la húmeda mazmorra.

—¡Desátalo! —le ordenó cuando estuvo dentro.

Obedeció Giuseppe, aplicando el cañón de su pistola a los riñones de Godard.

—Pesquisa... —le advirtió ominoso— estoy loco por balearte.

Prueba a darme un motivo y lo verás.

—Tranquilo, Giuseppe, tranquilo. Rock es un hombre juicioso, prudente... y hasta es posible que sienta algo por Dinah Roberts. Y él sabe muy bien que yo seré capaz de hacer con ella lo que a un chino dejaría mudo de envidia y asombro.

—¿Qué debo hacer? —inquirió el detective.

Rock Godard notaba fija en él la mirada suplicante de Dinah Roberts. Por ello y por el nudo que se le formaba en la garganta con sólo imaginar la terrible suerte que podía correr aquella criatura morena de ojos acariciantes, evitó él mirarla.

—Sencillo, Rock, sencillo —le contestó Maine—. Investigar como te dijo Slade, tratar de obtener nuevamente el sobre con los «documentos» reveladores. Pero... eso con mucho cuidado. Mira a la chica e imagina por un momento en lo que puedo convertirla si te deslizas un milímetro de las instrucciones recibidas. Pues eso, ya sabes, a investigar. ¡Ah! Y no olvides que estarás vigilado en todo momento. Oportunamente ya te facilitaré los informes que debes llevarle a Slade. ¡Adelante con él, Martino!

En un santiamén le fueron cubiertos los ojos con unas cintas adhesivas y empujado hacia delante, supuso que por el propio Martino, por lo que imaginó eran una serie de pasadizos y bóvedas iguales a las que te servían de celda.

Luego lo hicieron ascender por una estrecha escalerilla, caminar por un nuevo corredor, subir por otra escalera y, al fin, lo introdujeron en un coche.

El trayecto duró más de una hora, con lo cual, en lugar de engañar a Godard, le proporcionaron la seguridad de que estaban dando vueltas para desorientarlo con respecto a la situación del lóbrego encierro abovedado.

Cuando le retiraron las cintas de los ojos estaban ya muy cerca del apartamento del detective.

—Ya sabes —le dijo Martino—. La chica está con nosotros. Y tú también... ¿verdad?

Lo empujaron violentamente fuera del coche.

Godard, pensativo, se dirigió a su apartamento.

Ya estaban claras muchas cosas. El parecido entre Liz Slade y Connie Novello, más que justificado. El hecho de que Bill Gaynor —otra de las cartas jugadas hábil y criminalmente por Maine—

supiese algo que Connie debía haber sabido con mayor motivo, también justificado.

Trama maquiavélica, complicado rompecabezas el urdido por la mente asesina de Jim Maine.

¿Estaba seguro de que no conseguiría sus propósitos, como le dijera poco antes en la bóveda?

No, no lo estaba.

¿Qué opciones tenía él para emprender la lucha con un margen de esperanza?

Ninguna.

Sobre su conciencia recaía la grave responsabilidad de lo que aquel loco sanguinario pudiese hacer con Dinah.

Estupenda muchacha. Bonita. Valiente y decidida. El y nadie más que él era culpable de que la vida de ella estuviera corriendo un serio peligro.

¿Por qué diablos la había mezclado en el asunto?

Todo seguían siendo dudas y preguntas. Muchas horas pasó Rock Godard hundido en la desvencijada butaca de su oficina dando vueltas y más vueltas a la situación.

¿Dilema? ¿Encrucijada? ¿Callejón sin salida?

Fue entrada la tarde cuando el detective decidió que debía dejar verse para que los pistoleros de Maine informaran de que se estaba comportando de acuerdo con las instrucciones.

Luego, por la noche...

Se retiró a una hora temprana. Eran las diez cuando estaba de regreso en su apartamento.

Comió un bocadillo que no llegó a terminar, y se metió seguidamente en su habitación.

Puso el despertador a las dos.

Y puntualmente el timbre de éste le interrumpió un sueño lleno de pesadillas, inquietudes y sobresaltos.

Rock saltó de la cama rápidamente para meterse de cabeza debajo de la ducha.

Acto seguido, tras asegurarse meticulosamente de que estaba solo en el piso y de que nadie escuchaba al otro lado de la puerta, se dirigió a la pequeña cocina.

Primero había pensado en la escalerilla de incendios, desechando al momento la idea por considerar que Maine no sería

lo bastante estúpido como para descuidar tan elemental detalle.

Estaba seguro de que uno o dos de sus gatilleros rondaban cerca de la salida de emergencia por si a él se le ocurría hacer uso de aquélla.

El piso donde Godard vivía era pequeño, sucio, y pertenecía a un viejo edificio.

Esto, tenía sus pros y sus contras.

Entre los primeros, contar con una especie de salida secreta. Las cocinas daban a un patio interior, en apariencia cerrado. Pero en él existía una puertecilla de hierro que comunicaba con un sótano, lleno de inmundicias y ratas, dicho sea de paso, que desembocaba en el callejón, con más suciedad todavía, que limitaba transversalmente con el edificio.

Rock empleó las tuberías del agua para su descenso hasta el patio. Llegó a él con las manos sucias y la piel ligeramente levantada.

Se metió con rapidez por la puerta que, de enmohecida y oxidada, «cantó» de lo lindo cuando Rock la empujó hacia delante.

Las ratas celebraban sesión plenaria extraordinaria para decidir si debía o no plantársele cara a los gatos. Esta ironía pasó por el cerebro de Rock, pese a que su ánimo no estaba predispuesto a las bromas, cuando oyó los chillidos y las carreras que se organizaban en el sótano al resonar dentro de él sus pisadas.

Alcanzó el callejón sin contratiempos y anduvo mezclado en las sombras hasta que se creyó lo bastante alejado para dejarse ver a la luz.

Serpenteó por calles y callejuelas hasta alcanzar Fordham Road y por ésta el puente de la 207 Th.

Street sobre el Hudson River.

No hizo más que pisar Manhattan y encontrar el taxi que tanto estaba necesitando.

—¡Se está preparando un chaparrón! —exclamó el chófer a modo de saludo cuando Rock se coló en la parte trasera del vehículo.

—¿A divertirnos a Broadway, amigo?

Rock forzó una sonrisa.

¿Divertirse a Broadway? ¡Qué ironía!

—No es noche de divertirse —repuso—. Va a llover, usted lo ha dicho.

—¿Adónde le llevo entonces?

Dio la dirección y el coche se puso en marcha. Recorrieron el trayecto en absoluto silencio.

CAPÍTULO VII

La mujer dio un brinco y saltó de la cama.

Pero antes de que tuviera tiempo de lanzar el grito que pugnaba por salir de sus labios, una mano viril taponó su boca fuertemente, al tiempo que oía decir al sigiloso intruso:

—¡No grite! Nos matarían a los dos, Connie. Sé que es usted hermana de Liz y que está en esto por encargo de su cuñado Montgomery. Soy Rock Godard, ¿supongo que me recuerda?

Connie Novello asintió con la cabeza y los ojos.

El detective fue aflojando la presión que su mano ejercía sobre los labios de la mujer.

—Jim Maine está vivo.

Noticia que Godard desgranó rápidamente antes de que ella tuviese tiempo de acompañar la respiración y preguntar el porqué se había introducido subrepticamente en su apartamento.

—¡Imposible!

Connie Novello no se mostraba ahora como la mujer que muchos creían conocer.

Aquel aire de mujer mundana, experimentada, vulgar y procaz, que había constituido su arma para introducirse en la criminal organización con riesgo constante de su vida, estaba ahora ausente de ella.

Más bien parecía una muchacha recatada y recelosa.

Contrariada porque un hombre la hubiese arrancado del lecho de manera tan violenta.

Rock, adivinando sus sentimientos, le tendió la bata larga que colgaba de un perchero.

—Gracias —musitó Connie—. En el «Pearl» ya me pareció usted un hombre honrado.

Rock sonrió como sonreía desde hacía varias horas: forzadamente.

—A Maine lo mataron delante de mí... en mi apartamento. No pude evitarlo porque hubiera sido descubrirme y colocarme voluntariamente bajo la guillotina. Informé de todo lo ocurrido a Montgomery.

—Lo sé —cabeceó Rock—. Estuve ayer mañana en Washington hablando con su cuñado. Regresé a Nueva York con el propósito de trabajar para él, sustituyendo al que creíamos muerto.

Connie se mesó los desordenados cabellos.

—Es inverosímil.

—¿Ha leído los periódicos?

Le miró ella con desconcierto.

—Si.

—Entonces debe saber que el «cadáver» de Jim Maine fue robado de la Morgue.

Connie guardó silencio unos segundos.

—Desde luego... —musitó—. He supuesto que eso era consecuencia de que Gusenberg había pensado luego que quizá Jim llevase encima algún documento comprometedor.

—De meditarlo bien hubiera comprendido que ese razonamiento no es lógico.

—¿Por qué? —indagó ella sin reaccionar todavía de la sorpresa que le causaba la inesperada presencia del detective.

—Sencillo. Albert Seimund, ¿no se llama así ese teniente de la Brigada afecto a la organización? —Vio como Connie asentía y prosiguió—: Al hacerse ese individuo cargo de la investigación, cuanto llevase encima Jim Maine debía recogerlo oficialmente por si alguno de los objetos ayudaba a esclarecer el crimen. Eso, en el caso de que Seimund obrara como corresponde a su cargo. Como no es así, en el supuesto de que el ficticio cadáver llevase encima algún documento comprometedor para la «Cosa Nostra», Seimund lo hubiera entregado inmediatamente. ¿Para qué entonces robar el muerto?

Connie Novello inclinó la cabeza en actitud pensativa.

—Sí... tiene razón. Pero vi con mis propios ojos cómo Martino disparaba sobre Jim, cómo los proyectiles atravesaban su pecho y cómo brotaba la sangre de él.

—Eso obedeció a un plan ingenioso y a unos trucos más ingeniosos todavía. ¿Quiere escuchar la historia?

Asintió ella, diciendo:

—Vamos al *living*.

—¡No! —La detuvo Godard—. Está usted vigilada. ¿Por qué cree que me he visto obligado a irrumpir de esta forma en su habitación?

Connie, un tanto admirada de la sagacidad y enorme personalidad de aquel hombre altísimo de rebeldes cabellos, fue a sentarse en el borde de la deshecha cama.

Rock la miró.

Con una clase de mirada que ella ya había empezado a olvidar.

—Hubo un tiempo —dijo Connie con voz suave— que los hombres me miraban como lo está haciendo usted, Godard. Con admiración y respeto. Soy mujer, eso siempre halaga la vanidad femenina. Pero desde el día que decidí secundar a Montgomery —créame que lo merece por su bondad y sus extraordinarias cualidades—, desde ese día, obligada a comportarme como la más barata de las cualesquiera y a la vez con una dignidad que me hiciera superior a ellas, sólo he recibido miradas ofensivas e insolentes de ojos como los de Martino, Gusenberg y hombres de su misma calaña.

Rock le sonrió con ánimo.

—Difícilmente podrá nadie pagarle lo que usted ha hecho, con tanto desinterés y con tanta decisión, por esa lucha justa y noble que decidió emprender Montgomery Slade.

—Tampoco nadie podrá imaginar lo que he tenido...

Unas Lágrimas asomaron tímidamente a los hermosos ojos de la mujer y profundos suspiros, que trató de evitar, ahogaron sus palabras.

Era una muchacha extraordinaria. Si perfecta en hermosura era su apariencia física, no menos perfectos eran su voluntad y su espíritu de sacrificio.

No todas hubieran podido aceptar un papel tan difícil y menos desempeñarlo como lo estaba haciendo Connie.

—Maine y Gusenberg saben su secreto. Por eso la vigilan y por eso fingió Jim ser asesinado en su presencia.

—Le juro que no acabo de entenderlo.

—Voy a disipar sus dudas.

Y lo hizo. Relatando con todo lujo de detalles lo sucedido desde el instante que se entrevistara con Slade y Beradino hasta aquel momento.

Al terminar se hizo entre ambos un espeso silencio. Mujer y hombre parecieron encerrarse en sus propios pensamientos que, ahora, discurrían muy paralelos.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó ella tras el prolongado silencio.

Rock Godard tardó en responder a la pregunta. Pregunta que él llevaba formulándose durante muchas horas.

—La vida de una muchacha Inocente está en peligro. Bastará un paso en falso para que Maine cumpla sus amenazas.

Connie mesó de nuevo sus áureos y sedosos cabellos.

—Si yo he interpretado bien mi papel... Maine aún ha superado mi actuación. Después de saberlo todo me sigue pareciendo imposible...

—Me salvó la vida en Corea cuando arabos éramos corresponsales de guerra. No es el hombre que yo conocí, Connie. Es un auténtico alienado, pero excesivamente peligroso, con una inteligencia poco común. Y dispuesto a matar de la forma más cruel para conseguir sus ambiciosos propósitos.

—¿Cree que podemos impedirlo? —inquirió Connie con escasa convicción.

Rock no respondió. Lo hizo ella misma:

—Descubierta mi doble personalidad, ya nada valgo. En cuanto a usted, atado de pies y manos por la suerte que pueda correr esa pobre muchacha... ¿dónde está la solución? ¿Cómo podemos evitar que ese loco culmine la cima de sus ambiciones?

Rock siguió guardando silencio. Para, de repente, preguntar:

—¿Quiénes estaban enterados de su misión?

Connie parpadeó asombrada.

—No entiendo a dónde quiere ir a parar.

Sonrió él tristemente.

—Maine dijo que habían descubierto el doble juego de usted porque el jefe supremo de la «Cosa Nostra» así lo hizo saber a Ralph Gusenberg «Diamante». Si pensamos con calma, Connie, llegaremos a la conclusión de que una de las personas que estaban enteradas de su misión es... o está en contacto muy directo con el jefe supremo,

con ese cerebro incógnito de la «Cosa Nostra».

Connie negó nerviosamente con la cabeza.

—No, no puede ser, Godard. Eso... es prácticamente imposible.

Rock, pese a que ella quería negarse a entender lo que él consideraba una realidad clara, contundente, y también única posibilidad de éxito en aquella difícil lucha a muerte, insistió:

—¿Quiénes lo sabían, Connie?

—Sólo tres personas, sólo tres, Rock. Pero están fuera de toda sospecha: Montgomery, Otis y mi hermana Liz. No hay posibilidad de traición, tampoco de contacto con ese jefe supremo... ¿De quién va a sospechar?

Por espacio de un largo minuto, nada dijo Godard. Después, lentamente, murmuró:

—De todos, de nadie... o de una persona en especial.

Connie se puso en pie.

—¡Es imposible, Rock!

Él trató de sonreír fríamente. Ni eso consiguió. Pero dijo con rotunda firmeza:

—Connie, tú... —Pareció que se arrepentía del espontáneo tuteo, pero siguió—: Tú te has jugado la vida, otra mujer la perdió sin siquiera jugársela... y ahora, ¿ahora qué? ¿Nos vamos a dar por vencidos? No, no pienso resignarme. ¡Queda la última baza de esta partida sangrienta! Y yo voy a conseguir que la jueguen mano a mano los dos seres ruines, criminales, nefastos asesinos, vitandos y mezquinos, que se valen de nosotros para culminar sus ruines proyectos. ¡Nada, nada les importan los insignificantes! ¡Que mueran, que se hundan, que lloren...! ¿Y ellos qué? Se cubren con la piel de cordero que les proporciona su situación... ¡y a matar, robar, extorsionar y convertir lo bueno en sucio, lo honrado en podrido, a destruir poco a poco como un cáncer fatídico los valores humanos de una nación entera!

Connie apenas se atrevió a interrumpir las exaltadas palabras del detective, la vehemencia que lo dominaba a medida que iba hablando.

Fue él mismo quien calló, apartando los rebeldes cabellos que se pegaban a su húmeda frente.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió entonces la mujer.

—Hablar con Washington, comunicarle a Slade todo lo ocurrido.

Si mis sospechas son ciertas, si una de las personas que lo rodean merced a la imposibilidad teórica que ninguna de ellas sea el jefe supremo de la «Cosa Nostra» o su contacto, resulta serlo, correrá a ponerse en movimiento cuando se entere de los propósitos de Jim Maine. Será nuestra única oportunidad. Esperar, vigilar e intervenir en el momento oportuno.

Connie, con suavidad y ternura, tomó a Rock de un brazo.

—Olvidas algo, Godard. Esa muchacha...

—Es por ella —la atajó Rock febrilmente—, es por ella, Connie. Sólo Dinah me impulsa a jugar esta última y definitiva carta. Mi vida no importa, nada valió jamás y nada vale ahora...

—Vales mucho, Rock. Mucho más de lo que tú crees. Cuando nos separemos... si no es la muerte quien nos separa, te recordaré siempre como el mejor de los hombres que he conocido. Lamento no...

Se interrumpió, al tiempo que un matiz rojizo, muy significativo, coloreaba sus mejillas.

Rock quizá comprendió. Pero no hizo el más ligero comentario.

—Vístete, Connie. Es decir, si quieres ayudarme.

La mirada de ella fue sobradamente explícita.

—Te ayudaré... ya no porque me deba a Montgomery, sino porque estaría a tu lado aunque supiese con certeza que me iba a costar la vida. Temo que tus planes fallen, Rock. Pero no por mí. Sin egoísmo de ninguna especie. Sólo por la vida de esa muchacha y por lo que tú sentirías si a ella le pasase algo...

—Por favor —terció él como si ni siquiera deseara pensar en ello—, tenemos poco tiempo.

Salió Rock de la habitación y minutos después lo hizo Connie vestida y dispuesta.

Del cajón central de un pequeño escritorio que había en la sala contigua extrajo una enorme «*Parabellum*», que metió en el bolso, al tiempo que decía:

—No es el tipo de pistola que suele usar una mujer, ¿verdad? El arma femenina suele ser un 6,35 de culata nacarada. Pero yo confío mucho más en ésta. Aprendí a disparar en clases teóricas y prácticas durante los tres meses que precedieron a mi entrada en el mundo del hampa. No me pesa, te lo aseguro.

Rock, sonriendo, comprobó el cilindro de su «38».

—¿Estás lista?

—Sí. ¿Adónde vamos?

—A un lugar donde podamos usar un teléfono con la completa seguridad de que la línea no está interferida.

Connie hizo intento de caminar hacia la puerta, pero Rock la detuvo tomándola del brazo.

—No por ahí, Connie. Es seguro que la salida de tu apartamento está vigilada. Y también la de emergencia. Saldremos por donde yo he entrado. No será muy cómodo para ti pero...

—No temas. Me he visto en situaciones mucho más difíciles que ésta.

Abandonaron el taxi en Hoboken, New Jersey City, muy cerca del «Port Authority Piers».

Allí tomaron otro, que les condujo a la central de teléfonos donde, a hora tan avanzada, sólo dos funcionarios permanecían de servicio.

En cuestión de cinco minutos tuvieron larga distancia, Washington concretamente, al otro extremo del hilo.

Y una voz ronca, somnolienta, que preguntaba:

—¿Quién habla?

—¿Residencia de míster Slade?

De nuevo la voz, con desgana:

—Sí, sí, es la casa de míster Slade. Habla su secretario. ¿Quién llama?

—Rock Godard.

Un respingo. Y acto seguido la sonora exclamación, que al propio tiempo era pregunta:

—¡El detective!

—El mismo —repitió Rock con impaciencia—. Es urgente que hable con míster Slade.

—Le comunico con él enseguida.

Unos minutos de espera. Breves. Luego, un timbre ansioso, inquiriendo:

—¿Qué sucede, Godard? Me imagino que es algo urgente para que me llame a estas horas.

—Lo es, señor. Es mucho también lo que tengo que contarle y casi increíble. Empiezo. Con rapidez, escogiendo las palabras más concretas y lacónicas al mismo tiempo, Rock Godard repitió el

relato que hiciera a Connie Novello.

Siguió a su historia un silencio, durante el cual la respiración agitada de Montgomery Slade llegó con nitidez a oídos del detective.

—¡Es... es asombrosa! ¿Qué ha sucedido con Connie?

—Está bien, señor. Aquí a mi lado.

Nuevos instantes de duda.

—¡Godard!

—Permanezco a la escucha.

—Ya no puedo consentir que siga derramándose sangre inocente. No me importa llegar a ese jefe supremo... pero tengo la obligación moral de evitar que Connie, usted mismo y esa muchacha, paguen con la vida. Hay que detener a ese loco de Maine.

—¿Cómo, señor? —indagó Rock.

La respuesta, que no lo era, iba dirigida a Otis Beradino, secretario de Slade quien, por lo visto, seguía atento a la comunicación a través de un aparato supletorio.

—¡Otis! Encárguese de que preparen inmediatamente mi avión particular. Salgo para Nueva York en cuanto esté listo.

Una brevísima pausa. Al instante la voz de Slade, diciendo:

—Godard, ¿me escucha? —Y al oír la afirmación, agregó—: Llegaré a La Guardia Airport dentro de cincuenta minutos.

—Bien, señor. Tanto Connie como yo estamos vigilados, si bien, como ya le he explicado, aprovechando la noche nos hemos zafado de esa vigilancia. Ella será quien le espere en el aeropuerto. Estará más segura a su lado.

—Creo que tiene razón, Godard. ¿Qué hará usted entretanto?

—Simplemente secundar su acción. Voy a pasar de vigilado a vigilante. Estoy seguro de que habrán sonados acontecimientos antes de que vuelva a salir el sol.

—No cometa imprudencias, ¿me oye? En cuanto llegue a Nueva York me pondré en contacto con el *commissioner* de la policía del Estado.

—Correcto, señor. Yo trataré de averiguar dónde tiene instalado Maine el cuartel general. ¿Dónde puedo comunicarme con usted?

De nuevo Slade preguntó a Otis:

—¿Cuál es la dirección del Astor?

Y respondió la voz de Beradino:

—Amsterdam Avenue 1326.

Montgomery Slade ahora preguntando al detective:

—¿Ha oído, Godard?

—Perfectamente, señor. Me comunicaré ahí con usted.

—De acuerdo. Connie se quedará en el hotel convenientemente custodiada.

—¿Algo más, míster Slade?

De nuevo la voz de Otis Beradino se filtró en la comunicación para decir:

—Me comunican que su avión está listo, míster Slade.

—Dentro de diez minutos estoy a bordo —dijo Montgomery. Agregando para Rock—: Ya lo ha oído, Godard. Salgo inmediatamente.

Se cortó la comunicación.

Connie interrogó al detective con la mirada.

—¿Y ahora?

—Vamos a enterarnos inmediatamente qué vuelos llegan a Nueva York esta madrugada procedentes de Washington.

Se sorprendió ella.

—¿Por qué?

—Porque Montgomery Slade viajará en su avión particular...; pero quizá otra persona lo haga en uno de pasaje.

—¿El... jefe?

—En que sea él confío.

Salieron de prisa de la central telefónica y, pese a la hora, no tuvieron excesivas dificultades para obtener la información deseada.

—Primera llegada —apuntó Rock en un librito de notas—, vuelo 543, seis y cinco de la mañana, Pan American World Airways, en el New York International Airport. Segunda llegada, vuelo 162, seis doce de la mañana... pocos minutos de diferencia y mismo aeropuerto, Lufthansa.

Permaneció pensativo unos segundos con la mirada fija en el librito de notas.

—¿Qué sucede? —quiso saber ella ante su reflexiva actitud.

Rock se mordió el labio inferior.

—Se me está ocurriendo la posibilidad de que sean dos, no una, las personas que vuelen de... de Washington a Nueva York sin que

Slade lo sepa.

—¿Dos?

—Sí... Otis Beradino y Elizabeth Novello esposa de Slade.

Connie se llevó ambas manos a la garganta.

—¡No...! —musitó—. No tienes derecho a sospechar de mi hermana.

—¿Por qué no?

Nada respondió ella.

—Bien —siguió Rock—. Si son dos, tendré que recurrir a mi buen amigo Chiang Sho para vigilarles. Le telefonearé desde aquí mismo. Nos encontraremos en el Queens para así acompañarte a La Guardia Airport.

—Rock...

—¿Sí?

—Empiezo a sentir el miedo que no había sentido en los tres últimos años. Temo por todo... y por ti en especial.

—No sufras, pequeña —repuso él, acariciándole la barbilla con suavidad—. Si Dios nos ayuda, habrá sonado la hora de que la justicia brille como no ha brillado nunca.

—Que Él te oiga. Rock.

Acto seguido el detective llamó a Chiang Sho quien, tras reconocer la alegría y el gran honor que para él representaba oír su voz, le recordó sutilmente que era la segunda noche que le fastidiaba.

Luego, llevando a Connie colgada de un brazo, abandonaron aquel tugurio de borrachos y trasnochadores, que no cerraba durante las veinticuatro horas del día. Tampoco tuvieron dificultad en el momento de encontrar un taxi.

CAPÍTULO VIII

No le sorprendió en absoluto a Rock Godard reconocer en el primer pasajero que descendió del «*Jet Turbofan*», vuelo 543 de Washington, a Otis Beradino.

Lo había supuesto. Lo había presentido.

—Aquél es —le dijo a Chiang Sho.

—Colecto —asintió el chino—. Yo y tles de mis horribles vigilal de celca a ese tipo. Tles más de mis muchachos quedat contigo, amo Godard.

—¿Para qué?

—Chiang Sho sospechal sel este asunto muy delicado. Tenel buenos amigos en el Chinatown que conocel manejo almas de fuego. Chiang Sho no podel pelmitil suceda algo malo, amo Godard.

—De acuerdo, mandarín —sonrió el detective—. ¡Ve tras él ya! Yo esperaré el siguiente vuelo. Luego, ya sabes mis instrucciones.

Chiang partió al momento tras la figura de Otis Beradino, haciendo señas imperceptibles a tres individuos de su raza que parecían no tener otro trabajo que contemplar la llegada de los aviones al aeropuerto.

Siete minutos exactos tuvo que esperar Godard para que el vuelo 162 de Washington, por Lufthansa, tomara tierra en el New York International Airport.

Un magnífico «*Caravelle*», al que le fue colocada la escalerilla inmediatamente.

Fueron descendiendo los pasajeros.

Y esta vez, aunque lo había intuido, el detective no pudo contener un silbido de asombro y sorpresa.

Elizabeth Novello, *mistress* Slade, también había volada de Washington a Nueva York, Giró la cabeza hasta localizar a los tres

acólitos que Chiang Sho había dejado con él.

Todos los chinos seguían pareciéndole iguales.

—Ésta es —dijo cuando los tres se hubieron acercado.

El terceto oriental inclinó la cabeza significativamente.

—Voy a hablarle —siguió Rock—. Síguenme ustedes, y cuando yo me separe de ella, no la pierdan de vista por nada del mundo.

—Descuide, amo Godard —dijo uno de los flemáticos chinos—. Imposible ella escapal a nuestla vigilancia.

Rock Godard respondió que sí con la cabeza. Que estaba convencido de que nadie a quien ellos siguieran podría zafarse fácilmente de su vigilancia.

Era cierto.

Cuando hubo dejado atrás el vestíbulo del aeropuerto, Liz Novello, que vestía un elegante traje sastre azul oscuro, miró de un lado para otro en busca de un vehículo de alquiler.

—¿Necesita taxi, señora Slade?

La reacción de ella demostró su estado de ánimo y su excitación nerviosa.

Giró asustada, desorbitados los ojos, llevándose ambas manos a la garganta.

—¿Sabe su esposo que está usted en Nueva York?

Aturdida, Liz trató de correr hacia delante. Pero Rock la atrapó fácilmente.

—¿No quiere contestar a mi pregunta?

—¡No es usted quién para interrogarme!

Sonrió el detective con frialdad.

—Prefiere que la lleve a la policía, ¿eh?

Aumentó la expresión de pánico que mostraba su cara.

—Nada... nada tiene contra mí.

—Usted me dijo que le parecía simpático, ¿recuerda, Liz?

Tragó saliva.

—Lo recuerdo... sí.

—Dígame entonces por qué ha venido a Nueva York.

—He oído la conversación que ha tenido usted hace poco rato.

—No es motivo suficiente para emprender un viaje tan precipitado. ¿Cuál es la verdadera razón?

Un silencio. Un ahogado suspiro.

—Otis Beradino.

Parpadeó Rock con cierto asombro.

—Explíquese.

—Hace tiempo que vengo sospechando de él, de su extraño comportamiento. Esta madrugada, luego de partir Montgomery, he podido escuchar cómo Otis encargaba un pasaje en el primer vuelo a Nueva York. ¡Tengo miedo... mi esposo y mi hermana están en un gran peligro!

Elizabeth Novello, o era tan buena actriz como su hermana Connie, o realmente estaba aterrada.

—¿Qué teme de Beradino?

Tenía los ojos empañados por una transparente película acuosa.

—Que sea precisamente el hombre que con tanto afán busca mi esposo.

—Si me equivoco... —musitó Godard como si hablara consigo mismo—, si me dejo engañar... no tendré suficiente con mil vidas para purgar mi error.

Ella temblaba de pies a cabeza.

—No... no le comprendo. ¿Qué quiere decir?

—Que voy a dejar de sospechar de usted.

Abrió los llorosos ojos. Se asombró:

—¿Sospechar... de mí?

Rock no contestó. En su lugar detuvo un taxi, empujando hacia el interior a Liz.

—Amsterdam Avenue 1326 —indicó al chofer.

Media hora después, el encargado de recepción del hotel Astor le hablaba así a Rock Godard:

—Mister Montgomery Slade ha salido poco después de llevar media hora aquí.

La señorita que lo acompañaba lo ha hecho casi detrás de él.

El detective rehuyó la temerosa mirada de Liz Novello.

—¿Ninguno de ambos ha dejado algún encargo, alguna nota?

Negó el empleado:

—No. No, señor. Nada.

Pidió que lo disculparan para atender una llamada telefónica. Y por lo visto, tardó mucho en comprender lo que le decían desde el otro extremo.

Apartó el auricular de los labios para mirar al detective con extrañeza, preguntándole:

—¿Se llama usted Rock Godard?

La extrañeza fue ahora del otro.

—Sí... en efecto.

Le tendió el auricular.

—Es para usted, míster Godard.

Rock, confuso y sorprendido, inquirió:

—¿Quién habla?

Algo así como una explosión de júbilo le llegó desde el otro extremo del hilo, acompañado de un sonoro:

—¡Soy Connie!

Y acto seguido, entre jadeos, gritos, incoherencias y una incomprensible excitación nerviosa, Connie soltó en tropel una serie de explicaciones que, un minuto después, iban reflejándose en la faz de Rock por medio de un asombro más que genuino.

Rayano en la más completa estupefacción.

—¡No te muevas de ahí! —le gritó Rock, contagiado ya de su exaltación.

Sólo colgar, invadido de una actividad febril, Rock se dirigió a los tres inmutables chinos que se hallaban esparcidos estratégicamente por el vestíbulo del Astor.

Les dio instrucciones en voz baja.

Seguidamente se volvió hacia Elizabeth Novello, diciéndole en tono autoritario:

—Va a hospedarse en este hotel, Liz.

—Pero... —tartamudeó la mujer, cada vez más confundida—, yo he venido...

—Usted se quedará aquí por su bien. Y tres hombres se van a encargar de que no salga para nada de su habitación. Liz... esté segura que algún día me lo agradecerá.

El mismo se encargó de que le fuera designada una habitación, para luego salir velozmente del hotel en busca de un taxi.

Quince minutos después se encontraba frente a Chiang Sho.

—¡No lo complendo, amo Godard! —exclamó el oriental—. ¿Sabe dónde habel ido ese hombre?

Rock, cada vez más agitado y excitado, repuso:

—¡Lo supongo, lo supongo! Y ahora, Chiang, reúne a tus hombres y dirígete al lugar que voy a indicarte, Chiang Sho, acostumbrado a lo inverosímil y lo incomprensible, nada replicó.

Limitóse a escuchar al detective con su inmutable expresión de siempre.

—Colecto —admitió al final.

Y cuando quiso darse cuenta, el «amo Godard» había desaparecido en el interior de un taxi.

—¿Hace mucho rato de eso?

Connie, sin apenas dominar su nerviosismo, respondió:

—Apenas media hora.

Rock le sonrió agradablemente.

—Eres una mujer valerosa, Connie. Como posiblemente no hay otra. Bien... —La miró unos segundos—, trataré de jugar mis cartas en la baza final.

—¡Rock! ¡No! ¡Por lo que más quieras! ¡Te matarán...!

Un beso fugaz cayó sobre los labios de Connie.

—La vida de una mujer inocente sigue en grave peligro. Pide a Dios que no llegue yo demasiado tarde. ¡Ah! No tardará en llegar la policía y antes es posible que llegue Chiang Sho y su «tribu». Debes quedarte aquí para guiarles. ¿De acuerdo?

Connie Novello se apretó al cuello de Rock y puso en la boca de él un beso como jamás ofreciera otro.

Como estaba segura no volvería a ofrecerlo.

—¡Hasta luego, muñeca!

Lo vio salir del bar con dos gruesas lágrimas en los ojos. Segura de que aquel hombre caminaba por su propia voluntad al encuentro de una muerte más que cierta.

Nadie podía impedirlo.

Sólo Dios. Y a Él, como nunca, se entregó Connie para pedir por el hombre de quien, sin saberlo, estaba locamente enamorada.

Rock Godard ya había desaparecido.

Estaba corriendo por la parte trasera de los tinglados, que ya ofrecían la consuetudinaria actividad de cada mañana, en busca de la entrada del colector.

Agua sucia. Más ratas. Y, presidiéndolo todo, un enemigo superior a todos: la muerte.

Se detuvo junto al recodo de la izquierda, que era precisamente de donde le llegaban las voces.

Tenía los zapatos y los pies completamente empapados de agua

maloliente.

Y el fétido aroma de la cloaca metido hasta lo más profundo de la nariz.

Pero nada de esto le importaba ahora a Rock Godard; sólo le obsesionaba la idea de encontrar con vida a Dinah Roberts.

Sacó el «38», montándolo.

Torció por el recodo, junto al que se había detenido. Al final del estrecho pasillo encontró las escalerillas que ya había supuesto.

Las que subiera poco tiempo antes con los ojos vendados.

—¿Quién va?

Se descolgó velozmente para aterrizar encima del que preguntaba y ambos rodaron sobre el agua turbia, propinándose varios golpes consecutivos.

Rock, valorando en oro cada minuto y consciente de lo que significaría que aquel tipo diera la alarma, le asestó un furibundo rodillazo a la altura del bajo vientre.

Se retorció el fulano como una culebra, al tiempo que Rock se zafaba de él propinándole una patada en la nuca que lo dejó totalmente inconsciente.

Era uno de los que le sorprendieran en su apartamento cuando estaba interrogando a Ludeck y Martino.

Vio la metralleta apoyada contra la pared. No vaciló en cogerla mientras guardaba el revólver en la sobaquera.

La segunda escalera venía inmediatamente. Por ella descendió, seguro de que iba a tropezarse con un nuevo vigilante.

—¿Eres tú, Efrem?

No había demasiada claridad y en ello cifró Rock todas sus esperanzas de éxito.

Soltó un gruñido como respuesta, que el de abajo aceptó como bueno y afirmativo de que era Efrem quien bajaba.

Cuando el tipo se percató, era tarde.

Rock, dando a sus movimientos la rapidez y la contundencia que necesitaba para vencer en tan desigual lucha, le asestó un terrible culatazo en la boca del estómago.

Sorprendido el otro por su presencia y la fulminante agresión, no pudo hacer otra cosa que encogerse.

Y entonces el detective le empotró materialmente la culata de la metralleta contra la frente.

Rodó sobre el río de suciedad sin proferir una exclamación.

Suspiró Rock profundamente, agradeciendo en su interior la suerte y ayuda que estaba recibiendo.

En menos de tres minutos había llegado al sótano donde estuviera preso, eliminando toda clase de obstáculos.

Al fondo veíase la puerta entreabierta y un murmullo de voces, por el hecho de ser dos o tres personas las que parecía hablaban, dentro, a la vez.

Se plantó, en largas zancadas, junto al abierto umbral, atisbando hacia el interior prudentemente.

En cuestión de segundos compuso la situación.

Y al percatarse de que, en un rincón, Dinah Roberts seguía amordazada pero con vida, se dijo que era el momento de jugar la última carta en la última baza de aquella partida criminal.

Le dio un punterazo a la puerta, que atronó con su eco la bóveda, al tiempo que saltaba al interior del lóbrego reducto, mostrando su metralleta y su expresión decidida.

Rock Godard, un as de trébol lanzado sobre el tape te de una organización todopoderosa llamada la «Cosa Nostra».

—¡Ni un pestaño! —gritó, abanicando a los reunidos con el cañón del arma—. ¡Tiraré a matar!

Ralph Gusenberg «Diamante», el «boss», clavé sus ojos fríos con estupefacción en la figura de Godard.

Jim Maine había dado un salto de fiera, para inmovilizarse inmediatamente al ver apuntándole el cañón de la metralleta. Congestionado el rostro, segregando sus labios una ligera espuma, desorbitados los ojos, miraba al detective con odio y furor homicidas.

Giuseppe Martino, con su terno de riguroso luto, inmóvil también, escrutaba con sus ojos criminales al que los encañonaba en busca de la más ligera distracción.

A Dinah Roberts los ojos le gritaban de alegría. Los tenía inmensamente abiertos como si deseara saturarse de la presencia de Rock.

Y por último, a un par de metros de la muchacha, atado y amordazado también, Montgomery Slade le suplicaba a Godard con la mirada.

De Otis Beradino no había ni rastro. Pero Rock sabía que no

tardaría en llegar.

—Bien, señores —habló el detective tras aquel silencio que habían empleado para estudiarse—, señores «maffiosos», señores amos de la nación, señores jueces de vidas humanas, señores todopoderosos y ambiciosos... ¿por qué no levantan las manos en tanto empiezan a pensar en el alojamiento que les espera para forjar nuevos sueños de ambición? ¡Tú el primero, Maine! ¡Levanta las manos o te «coso»!

El periodista, inyectados los ojos en sangre, incapaz de articular una palabra, jadeó:

—¡Hijo de cien perras asquerosas!

Rock soltó el primer rafagazo.

Giuseppe Martino, el frío asesino vestido de negro no completó el veloz movimiento que había iniciado al tratar de aprovechar los segundos en que la atención de Godard parecía centrada en Maine.

Giuseppe fue enviado contra el rezumante muro por el violento impacto de la mortal andanada.

Se contorsionó varias veces, tratando de contener la sangre que brotaba de su pecho caudalosamente.

Maine se revolvió en aquel instante, echando mano al arma que llevaba en la sobaquera.

—¡Quieto!

Jim siguió adelante.

Godard oprimió el gatillo por segunda vez. Todos los proyectiles impactaron en el pecho de Maine; pero éste, erguido y sonriente terminó por empuñar su pistola.

¡El chaleco protector!

Tarde había reaccionado Godard y preciosos segundos los que perdiera preguntándose cómo Maine seguía en pie después de rociarle con plomo.

—¡Primero a ella! —gritó Maine enloquecido.

Y apuntó a Dinah.

Al unísono. Godard tomó como blanco la cabeza del periodista.

Dos gatillos se oprimieron en la misma décima de segundo. Se confundieron los impactos pero el agorero cantar de la metralleta se alzó sobre la barahúnda.

—¡Aaaah!

Jim Maine fue a parar muy cerca de Giuseppe Martino con la

cabeza totalmente destrozada. Esparcida sobre el húmedo cemento la masa encefálica que tan cruelmente había servido al crimen y la destrucción.

Pero el quejido de Dinah llegó hasta el interior del cerebro de Rock, a la vez que traspasaba su corazón como puñal de agudo filo.

Vio el rosetón rojo que había nacido en su hombro derecho y corrió hacia ella.

La corta carrera le salvo de la muerte por milímetros ya que, habiendo descuidado por completo a «Diamante», éste empuñaba se automática disparando sobre él.

Se revolvió Rock furiosamente Cambiada la expresión de su rostro. Diríase que ciego por la nube roja que empañaba sus ojos.

El rafagazo brotó al instante.

Ralph Gusenberg «Diamante», el «boss», el que fuera segundo de tantos jefes criminales el temido «killer» de los años 30, el que fuera votado en una hacienda de Apalachin para dirigir los destinos de la «Cosa Nostra» bajo los dictados del jefe supremo el que intentara traicionar su causa criminal coaccionado por otro ser de su asesina calaña, estaba segado por el plomo que tanto derrochara.

Partido en dos su cuerpo. Convertido en un estigio de sangre.

Pero Rock ya estaba junto a Dina, comprobando con alivio que aún respiraba.

Oyéronse entonces voces y gritos por el pasillo.

Rock dejó unos segundos a Dinah para librar de la mordaza a Montgomery Slade.

Sólo le dijo:

—Tu criminal carrera ha terminado... *¡jefe supremo!*

Slade, debatiéndose entre las ligaduras, gimió:

—¡Godard... tengo millones! ¡Ayúdeme a escapar y los repartiré con usted! ¡Soy poderoso...! ¡Godard, ayúdeme...! ¡Le daré millones!

—Nada, Slade, usted ya no dará nada... usted ya no escalará el Senado, usted no volverá a gozar de esa posición, de esos millones, ¡de nada!

Palabras que, en el umbral de la metálica puertee había pronunciado sentenciosamente Otis Beradino.

Tras él, Michael Nielsen, *commissioner* suprema de la policía del Estado, sonreía satisfecho.

—¡Hay que llevarla a un hospital! —exclamó Rock desesperadamente.

Entraron varios agentes uniformados. Y antes de que Godard, en su nerviosismo, se diera cuenta de cuándo y cómo; Dinah Roberts fue evacuada del lugar por los funcionarios de la Policía Metropolitana.

Vio el rostro temeroso de Connie Novello. La oriental sonrisa de Chiang Sho.

Todos habían llegado tarde... o muy a tiempo.

Otis Beradino se situó a su lado, mostrándole una credencial en la que se leía: *Federal Bureau of Investigation*.

Le tendió la mano.

—Gracias, Godard —le dijo con sencillez—. No me equivoqué con usted. Ni tampoco Thomas Edmund Dewey al afirmar lo que los hombres como usted podían hacer en bien de la nación.

Rock inclinó la cabeza.

Montgomery Slade, el hombre que también había jugado sus cartas sutilmente, el que había formado un comité de investigación sin regatear esfuerzos físicos ni económicos para destruir a la organización criminal que precisamente dirigía, también tenía La cabeza inclinada.

El jefe supremo.

El cínico criminal que había querido demostrarle al mundo su afán de lucha contra el imperio del crimen, para escalar una posición privilegiada en el Senado de su país desde donde, con mayor impunidad que hasta entonces, seguir dirigiendo la «Cosa Nostra».

—¿Cómo esperó tanto? —preguntó Godard a Beradino.

Sonrió el aludido tristemente.

—Hacía años que estaba sometido a vigilancia porque se sospechaba su intervención en un asunto de malversación de fondos públicos, hecho ocurrido cuando Slade ocupaba un cargo en la Tesorería del Estado. Yo, personalmente, también sospeché la doble identidad de Slade y la finalidad de sus turbios manejos. Pero no tenía pruebas. Sólo podía esperar a que ocurriera esto, haciendo saltar a Montgomery Slade de su posición. Usted, el más pequeño de todos, ha conseguido en días lo que nosotros herraos sido incapaces de conseguir en años.

De nuevo se estrecharon la mano.

—¡Buena suerte, Godard! —se despidió Beradino—. Es acreedor de merecerla.

Rock Godard no acudió a la clínica donde Dinah Roberts fue hospitalizada. Deambuló muchas horas por las calles de Nueva York sin darse cuenta de que otra persona lo seguía paso a paso.

Connie Novello.

Una heroína anónima que, como él, había luchado en un mundo de ruindades víctima del engaño de un hombre al que reconocía valores, cualidades, e ignoraba... su faceta criminal.

Connie Novello.

Una mujer sin recompensa, que seguía con la cabeza inclinada y los hombros hundidos, los pasos del hombre al que ya sabía amaba con todas sus fuerzas, pero sin saber cómo ni por qué.

Sí sabía, Connie lo sabía, que era el suyo un amor muerto. Un sentimiento imposible que quizá algún día serviría para endulzar como único recuerdo noble una epopeya de horror.

Alzó la cabeza cuando vio a Rock detenerse junto a los lindes del río.

Atisbo lentamente hasta percibir la imagen del hombre reflejada en las aguas azules.

Pudo leer el dolor, el sufrimiento, el complejo de culpabilidad que lo atormentaba y, sobre todo, amor, mucho amor, apasionado amor, que ni él mismo comprendía.

Amor por otra mujer.

Connie Novello, inundados de lágrimas sus hermosos ojos azules, fue retrocediendo lentamente mientras sus labios murmuraban:

—Adiós, Rock... que nunca sepas que sufro por ti como sufres tú por ella. Dinah vendrá a tu encuentro porque a un hombre como tú se siente la necesidad de amarlo con todo el corazón... ¡Adiós, mi amor!

Pronto, la solitaria silueta de la mujer fue un punto perdido en la lejanía.

EPÍLOGO

Rock Godard había estado paseando durante dos meses, día tras día, por la orilla del río.

Mirando las aguas.

Confesando su culpabilidad. Diciendo una y otra vez que su conciencia jamás podría librarse de aquel peso abrumador que respondía al nombre de Dinah Roberts. Herida. Maltratada. Porque él, Rock Godard, a su albedrío, había jugado con ella en las barbas de la muerte, la había inmiscuido en el lodazal con toda tranquilidad y premeditación.

Miró su imagen sobre las aguas.

—¡Me das asco! —murmuró.

Hasta que unas manos se alzaron tras él en busca de sus hombros y una voz dijo:

—¡Rock!

Entonces volvió a la realidad.

—Tú... Dinah. ¿Qué haces aquí?

La mujer, enfundado su cuerpo armonioso en un elegante gabán de color claro, musitó:

—Te he buscado al salir del hospital, Rock. Jamás he conseguido dar contigo hasta hoy. Te he seguido...

Los negros ojos eran como un poema maravilloso, los azabaches cabellos ondulando al viento como la seda... los labios rojos tan dulces. ¿Cuánto no había pensado Rock en besarlos... en estrecharla entre sus brazos... en gritar aquel amor callado y culpable?

Pero ahora...

—¿Para qué querías verme?

Una sonrisa tímida apenas llegó a su boca porque agachó la cabeza rápidamente.

—Tengo un sobre para ti.

Rock Godard retrocedió un paso. Guardó unos segundos de indecisión, pero terminó recogiendo el sobre.

Lo rasgó nerviosamente para leer la cuartilla escrita con letra clara, de caligrafía elegante. Decía:

«Nunca me dirás que me amas, ¿verdad? Por eso, si no quieres decírmelo... aun amándome, deja que yo te diga que te adoro... Que te suplique me hagas tu esposa... tu mujercita amante que tiene los labios resecos de tanto suspirar por tus besos.

»Dinah».

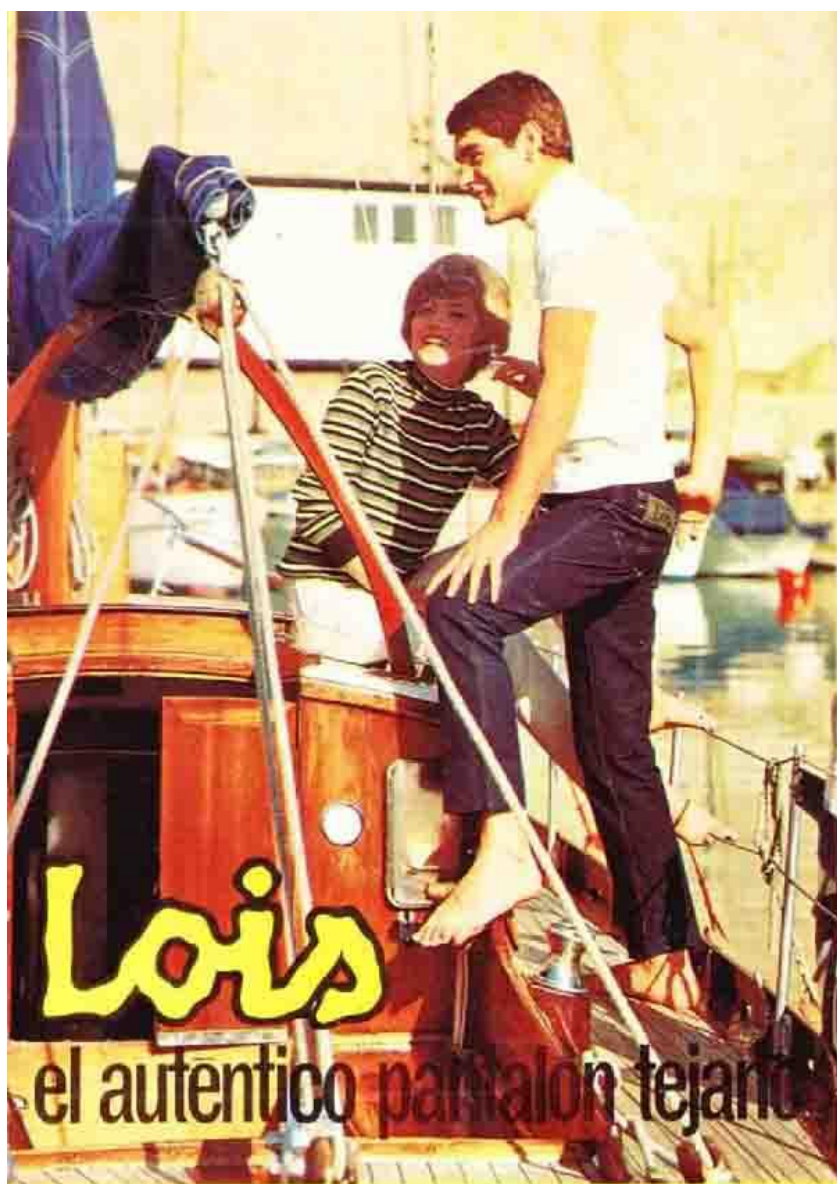
Rock vio cómo escapaba la cuartilla de sus manos y se mecía en las aguas del río.

También vio la figura de Dinah.

Sólo el cielo y las aguas azules fueron testigos silenciosos y mudos del primer beso entre dos seres que morían de amor y que hasta aquel instante no habían sabido pisar por el mismo sendero.

Ese sendero...

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

Notas

[1] Personaje histórico. Estos datos, tanto como los que hacen referencia al Comité Senatorial Kefauver, igual que los nombres de «gangsters» y organizaciones que se citan, son rigurosamente verídicos. < <